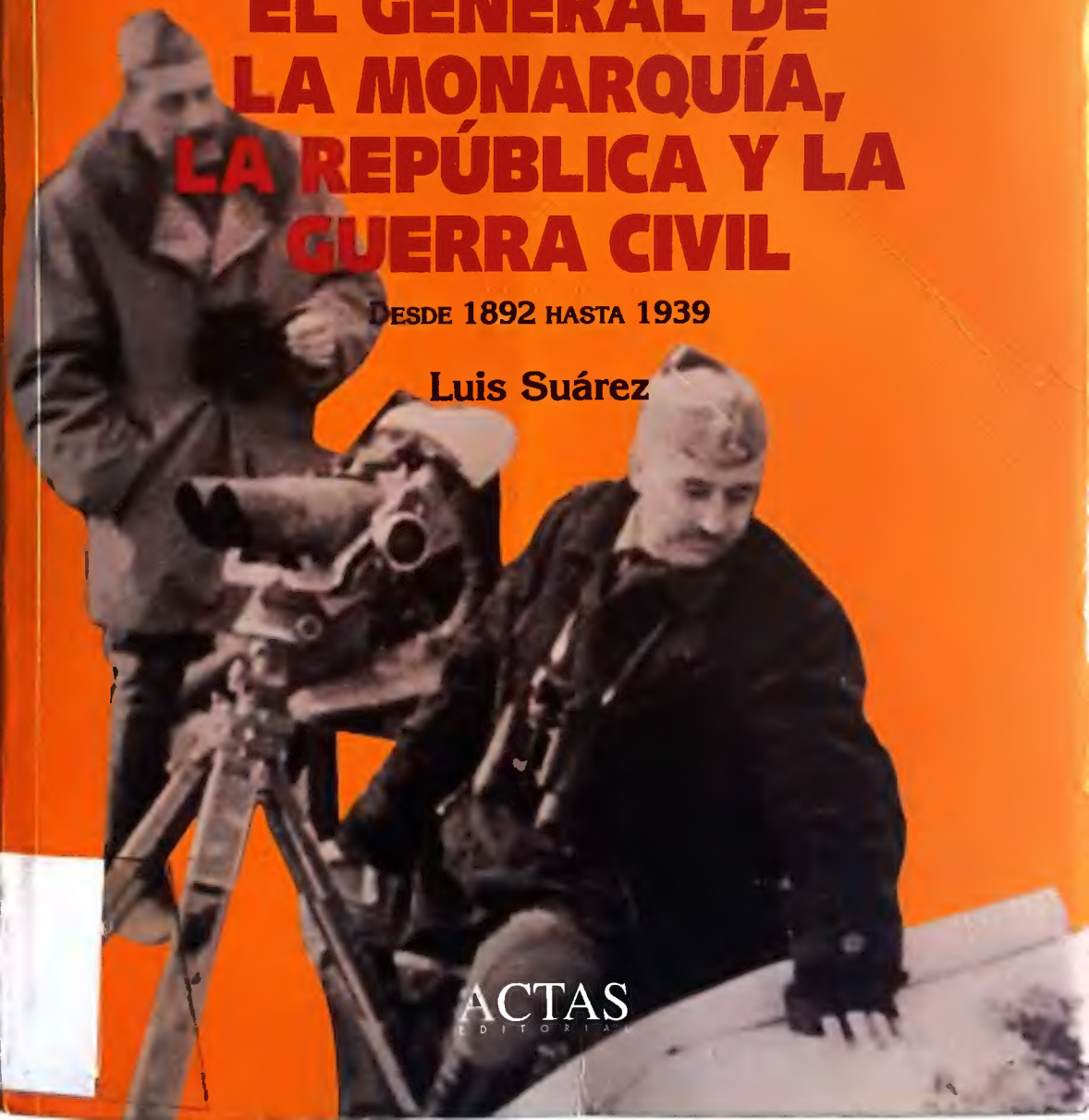
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 17

LA ELECCIÓN DE FRANCO PARA LA JEFATURA DEL ESTADO.

I. LA ACTITUD DE LA IGLESIA ANTE EL ALZAMIENTO.

1. La ayuda inicialmente prestada a Franco por Alemania e Italia –en la práctica se reducía a permitir la venta de cierto material de guerra o transportes, como suelen hacer muchos Gobiernos en el caso de conflictos internos en otros países, guiándose por sus intereses o simpatías– permitió sin duda ejecutar el paso del Estrecho y llevar a término la operación prevista de traslado del Ejército a la Península hasta situarlo en Talavera, cerrando el arco noroccidental, sobre Madrid. La propaganda, sobre todo en el exterior, exageró el volumen de esta ayuda y la prensa de izquierda difundió una leyenda según la cual el alzamiento militar en España no era otra cosa que uno más entre los movimientos «fascistas» que preparaban ambos países. En el interior del país la presencia de elementos nazis y fascistas hacía que, en efecto, estos partidos o movimientos tratasen de aumentar su influencia, aproximando la futura organización política española a sus modelos. En el bando republicano la ayuda soviética, muy copiosa, permitió convertir al exiguo Partido Comunista español en una fuerza dominante. Al comenzar el otoño de 1936 faltaba aún por aclarar hasta qué punto la presencia germánica e italiana iba a adquirir protagonismo político. Aunque José Antonio Primo de Rivera había advertido con rigor que el suyo no era «un movimiento fascista», Falange Española de las JONS aparecía como el receptáculo más propicio a tales influencias.

Pronto brotaron tensiones, todavía muy moderadas, entre los tres grandes sectores políticos sumados al Alzamiento, es decir, tradicionalismo –término que debemos preferir al de carlismo puesto que la persona del pretendiente tenía menor importancia que la defensa de los valores religiosos tradicionales–, falangistas y derecha católica. No porque hubiera falta de entusiasmo, sino porque cada uno buscaba dar a sus ideas cierto predominio. Evidentemente tales tensiones, si aumentaban, podían llegar a constituir un verdadero peligro para los que a sí mismos se llamaban «nacionales», no sólo porque introducían confusión en cuanto a los objetivos perseguidos sino, sobre todo, porque la independencia con que actuaban los diversos

grupos y milicias facilitaba los actos de venganza y represalia que entenebrecían la imagen del Movimiento. Hemos aludido al modo cómo, en la zona roja, las violencias estaban alcanzando, por esta misma causa, extremos de gravedad. Franco tuvo que destituir fulminantemente al comandante militar de Larache, y Mola comenzaba a desesperarse ante el sesgo que se estaba dando a sus primeras consignas de energía y contundencia en la eliminación de focos de resistencia.

Desde principios de agosto comenzaron a alzarse en ambos bandos voces que reclamaban el establecimiento de unidad en el mando: no se referían únicamente al militar –es bien sabido que resulta esencial un general en jefe para ganar una guerra– sino también a las decisiones de las que depende la disciplina interna. El éxito principal de Franco consistió precisamente en haber logrado una unidad política que nunca consiguieron sus adversarios, tal vez porque se negaron sistemáticamente a proclamar el Estado de Guerra depositando las decisiones en los mandos militares. El éxito de Miaja en Madrid depende en gran medida y con toda probabilidad de la ausencia del Gobierno y de la delegación de funciones en su persona.[1]

2. La obra política de Franco resulta inseparable de su convicción de que el catolicismo se hallaba en la base de toda posible reconstrucción nacional. Pero la Iglesia no había participado en el Alzamiento, aunque fue una de las principales víctimas, hasta el punto de que en el informe presentado por uno de los representantes españoles ante el Congreso de los Sin Dios, celebrado en Moscú en agosto de 1936. pudo decir: «hemos suprimido sus sacerdotes, las iglesias y el culto» de modo que «la Iglesia ha sido completamente aniquilada».[2] Los obispos, colectivamente, sostendrían en sus documentos dos afirmaciones: que, a pesar de haber aceptado la legalidad republicana colaborando con ella, se trataba «a la Iglesia no como a persona jurídica respetada, sino como a un peligro» (Declaración del Episcopado sobre la ley de Confesiones y Congregaciones religiosas, 1933); y que aunque ella «no provocó la guerra ni conspiró para ella, e hizo cuanto pudo por evitarla» se le hacía objeto en la zona roja de una persecución aniquiladora. Por eso «ante el hecho de la guerra, que no podía evitar, la Jerarquía no pudo elegir y *no podía ser indiferente*»[3] porque del triunfo de la causa nacional dependía su libertad.

Esto no basta para suponer una identificación entre Iglesia y Movimiento, como pretenden quienes utilizan el tono descalificador al denominar al Régimen de Franco nacional-catolicismo. La Jerarquía española, una vez constatado el hecho de que sólo con los «nacionales» podía tratar, tuvo que librar una complicada lucha –que a veces equivoca a los historiadores que no saben distinguir entre episodios coyunturales y problemas de fondo– para asegurarse el mayor ámbito posible de poder, y para cerrar el paso a influencias materialistas, en este caso nazis, que eran designadas como «neopaganas». Por otra parte estaban los intereses de la Santa Sede, atenta a sus relaciones con otras potencias y al peligro que estaba descubriendo en el ascenso del nacional-socialismo: tenía que impedir el retorno de ciertas vinculaciones con la Monarquía que figuraban en el Concordato de 1851, invalidado por la República y denunciado también por ella como demostración de que no estaba dispuesta a retornar a aquel sistema.

Tras las elecciones de febrero de 1936 el Frente Popular no cometió el error del bienio azañista: sustituyó al embajador ante la Santa Sede, Leandro Pita Romero, por

otro más fiel a sus convicciones, que era Luis Zulueta. Cuando éste presentó cartas credenciales el 9 de mayo de 1936 pronunció un discurso conciliatorio, pero Pío XI, en su respuesta hizo alusión a las «tribulaciones de la Iglesia en España, sufridas no ciertamente por culpa nuestra». Eugenio Pacelli, secretario de Estado, en su visita al embajador, estuvo más explícito: no entendía que se hablase de concordia cuando se estaba produciendo una persecución muy dura contra el catolicismo. La nueva forma de conflictividad, mediante la cual el Gobierno de la República se proponía doblegar la voluntad vaticana, apareció muy pronto cuando el 22 de mayo fue nombrado Víctor Pildáin Zapiáin, canónigo de Vitoria, para la sede de Las Palmas en Gran Canaria: en nombre del Gobierno, el ministro Barcia explicó que no estaba dispuesto a aceptar un nombramiento sin previa notificación y aceptación y que en aquel caso, por tratarse de un antiguo diputado nacionalista vasco, no iba a ser admitido, de modo que si la Santa Sede se empeñaba en la designación, se daría orden a todas las autoridades para que ni le reconociesen ni le tratasen como obispo.[4] Pacelli dio a entender que, en adelante, para soslayar estos obstáculos sin ceder a las imposiciones del Gobierno, se disponía a proceder a nombramientos de auxiliares o coadjutores con derecho de sucesión: Bartolomé Pascual fue nombrado para Mallorca, Manuel Moll para Tortosa, y estaba previsto que Gregorio Modrego lo fuese de Toledo.

3. El 6 de agosto de 1936 los obispos de Pamplona, Marcelino Olaechea, y de Vitoria, Mateo Múgica, publicaron una carta pastoral: se refería al problema concreto que había llegado a plantearse en el País Vasco en donde, a cambio de promesas de autogobierno, un Partido tradicionalmente católico se había sumado a la causa de la República y parte considerable del clero permanecía en su puesto. Aguirre sostenía que la guerra nada tenía que ver con la religión, lo que contrastaba con lo que estaba sucediendo en el resto del país y con las declaraciones de los rojos antes mencionadas. El respeto al catolicismo era exclusivamente mantenido por el Partido Nacionalista, porque sus aliados de la extrema izquierda cometían violencias contra él no muy distintas de las de sus correligionarios en otras partes. Es probable que en la redacción de la carta del 6 de agosto haya intervenido el cardenal primado de Toledo, Isidoro Gomá, a quien el Alzamiento militar sorprendió en Tarazona, su antigua sede, pasando unas cortas vacaciones, circunstancia que, probablemente, salvó su vida, pues todos los obispos residentes en zona roja –salvo uno, ciego y hospitalizado– fueron muertos. Pamplona estaba siendo, durante los primeros meses de la rebelión, un centro importante de refugio de eclesiásticos y, por consiguiente, también de toma de decisiones en relación con el futuro de la Iglesia en España.[5]

A falta de relaciones de cualquier tipo entre la Junta de Defensa y el Vaticano –la nunciatura seguía teóricamente acreditada ante el Gobierno de Madrid– el primado de Toledo, cabeza de la Iglesia en España según norma canónica preconciliar, asumía el papel de portavoz ante las autoridades militares y en relación con el Vaticano. Desde muy pronto estableció contacto con el secretario de Estado, el mencionado cardenal Pacelli, luego Papa. La carta del 6 de agosto estaba dirigida a los fieles de las Provincias Vascongadas y en particular a los dirigentes nacionalistas vascos para recordarles que no era aceptable la colaboración con un Gobierno que se había declarado enemigo absoluto de la religión. En Bilbao se dijo que la carta era una falsificación y algunos sacerdotes separatistas tranquilizaron a sus dirigentes diciendo

que, en todo caso, no tenía que ser obedecida porque excedía de las competencias del prelado. Múgica se acercó a los micrófonos de Radio Vitoria, cuyas emisiones se escuchaban en Vizcaya, para decir: «Nos, con la autoridad de que nos hallamos investidos, en la forma categorica de un precepto que deriva de la doctrina clara e ineludible de la Iglesia, os decimos: non licet».[6] Esta doctrina no entrañaba ninguna novedad pues nunca es lícito a los católicos colaborar con quienes desean o pretenden destruir a la Iglesia.

El 13 de agosto de 1936, Gomá envió a Roma su primer informe. La elección de campo por parte de la Iglesia no era algo que permitiese dudar, pues le había sido impuesta al margen enteramente de su voluntad. De no haberse producido el Alzamiento de los militares –continuaba el cardenal– se hubiera implantado en España la dictadura comunista, desapareciendo con ello la Iglesia: en el caso de victoria del Frente Popular en la Guerra Civil, tal sería el resultado. A los obispos no es dada ninguna opción pues la Iglesia está siendo aplastada, martirizada y destruida en una zona, respetada, libertada y restablecida en la otra.[7] Sin embargo, el cardenal estaba muy lejos de presentar un panorama idílico: aparte de la conciencia que tenía de que había excesos y violencias también en el bando nacional, le embargaban otras preocupaciones que le alejaban de un panorama risueño. Desde Pamplona, ciudad de refugio, sin haber establecido aún ningún contacto con la Junta de Defensa, ni con Franco, que era todavía para él un lejano y famoso general que dirigía las operaciones muy lejos de allí, explicaba al secretario de Estado sus tres preocupaciones fundamentales acerca del futuro de la Iglesia en España:

- Primera preocupación en cuanto al separatismo pues los nacionalistas vascos se proclaman católicos y pretenden vivir como tales ayudando a una causa que, si triunfase, impondría a los españoles el abandono de la fe católica; era contrario a la doctrina de la Iglesia anteponer los intereses del nacionalismo a los del catolicismo.
- Tras la ola de persecución y destrucciones de todo tipo, iniciada en 1931, la Iglesia católica en España tenía delante de sí una obra de reconstrucción ingente. Aún no era posible evaluar el esfuerzo necesario.
- Por último aludía a la posible amenaza para la identidad católica de los españoles procedente de las influencias que venían del centro de Europa, las cuales definía como «paganizantes», ya que advertía la existencia en el bando «nacional» de un sector que preconizaba el laicismo del Estado y la separación entre ambas potestades cosa que juzgaba poco conveniente. «Falta ver el alcance que se dará a esta proposición».

4. Las preocupaciones del prelado tenían una base real. La conducta alemana se inclinaba cada vez más hacia una intervención militar, y era muy difícil evitar que se tradujera, más tarde, en presiones e influencias políticas. Después de haber recibido los primeros informes de Wilberg y de Canaris, el ministro de Defensa del Reich, Werner von Blomberg, ordenó al general Walter Warlimont que se trasladase a España para canalizar y controlar los suministros de armas.

Por su parte el ministro de Asuntos Exteriores, von Neurath, convocó a su despacho, en Berlín, al consejero de la Embajada en Madrid, Karl Schwendemann, a fin

de ser directamente informado de la situación con los datos recogidos en la zona dominada por el Frente Popular. Llegó a la capital alemana a finales de agosto y dijo que las fuerzas estaban tan equilibradas que era difícil creer en la victoria de ninguno de los dos bandos; probablemente la guerra terminaría con una negociación. Ésta no era la opinión del Ejército ni del Führer; cuando Blomberg consulto con Hitler, éste le dijo que tenía que ayudar a Franco, y a su bando, a conseguir la victoria.[8]

Franco, y solamente Franco; así se perfilaba la opinión alemana. Warlimont celebró con él al menos dos entrevistas, en Cáceres, entre los días 6 y 19 de setiembre. Escribió a sus jefes que este general, todavía joven, ocupaba entre todos sus colegas la posición de un «primus inter pares» de modo que no era difícil colegir que podía ostentar la jefatura suprema.[9] Todos los informadores alemanes coincidían en otro punto: de todos los grupos políticos que participaban en el Movimiento, sólo uno, Falange Española, resultaba aprovechable dentro de los proyectos de promover hacia España los principios del nacional-socialismo. El problema surgía por el hecho de que Falange estaba desprovista de un jefe adecuado; José Antonio no había podido huir de la cárcel de Alicante.

A pesar de algunos comentarios personales que se han intentado, el historiador dispone únicamente de datos que nos presentan a Franco como católico practicante y convencido, ayudado también por su esposa en esta conducta. Su convicción religiosa se fue acentuando con el paso de los años, lo que es frecuente en los seres humanos. Algunos años después de su muerte los ministros, interrogados sobre esta cuestión, se mostraron unánimes: sopesaba antes de cualquier decisión, la doctrina moral católica y la opinión de la Iglesia, refiriéndose a la jerarquía y al Papa en primer término. En este trabajo tendremos la oportunidad de considerar algunas ocasiones en que la decisión final fue de pura obediencia a las sugerencias de la Santa Sede, y nada se encuentra, en los documentos, que pueda alterar esta opinión. Mostraba además un profundo amor a España, entendida como legitimidad enraizada en su Historia, lo que le movía a identificar su obra en la coyuntura de la guerra y la posguerra con el restablecimiento de dicha legitimidad. En suma, si Manuel Azaña se gloriaba de que su obra consistía en lograr que España «dejara de ser católica», Franco constituía su antítesis.[10]

A esta línea de confesionalidad del Estado acomodó Franco sus acciones, incluso después de que la Iglesia hubiera variado su conducta y a pesar de que él mismo entrara por las vías de la libertad de culto. Si algún error debe señalarse en este ámbito tiende a proceder del exceso, más que del defecto. Del catolicismo militante extrajo después muchas de las líneas de su programa que fue coherente con él; por esta causa su persona y obra resultaban en absoluto incompatibles con masones, agnósticos y ateos, a los que, simplificando con exceso, situó en una misma línea. Su monarquismo –y no tenemos datos que nos permitan afirmar que no era sincero– fue siempre «católico» y «tradicional». Por eso nunca quiso efectuar una especie de vuelta al pasado, una simple «restauración» como los monárquicos alfonsinos reclamaban.

En sus primeras declaraciones a periódicos extranjeros (*O Seculo* de Lisboa y *World Telegraph*) que constituyen casi una manifestación de tempranas aspiraciones políticas, en agosto de 1936, anunciaba que, al haberse producido la completa desarticulación del Estado no quedaba otro recurso que apelar a la dictadura militar. Ésta

tendría que ser de corta duración, consistiendo su principal tarea en formar un equipo de personas relevantes, política y técnicamente muy preparadas. Aclaraba además que «la administración quedará a cargo de elementos técnicos y no políticos, ya que intentamos, y lo conseguiremos, transformar por completo la estructura de España» evitando en todo caso la lucha de clases. Durante algunos años –concluía– no debían celebrarse plebiscitos: había que apagar la inquietud política evitando que los sufragios respondiesen a circunstancias emocionales.

II. LA CAÍDA DE TALAVERA PRODUCE CAMBIOS.

1. De hecho, la Junta de Defensa, titular única de la legitimidad en zona nacional, estaba desbordada. Ni Queipo, ni Franco, a pesar de haber sido incorporados a ella, parecen haber mostrado el menor interés por sus reuniones a las que no asistían. Los éxitos de Queipo de Llano, que había conseguido controlar la mayor parte de Andalucía, pese a disponer de efectivos muy escasos, le permitían operar desde Sevilla con entera independencia, como si no tuviese superior. En el Palacio de los Golfines de Cáceres funcionaba ya un embrión de Gobierno, con José Antonio de Sangróniz al frente de una oficina diplomática, Millán Astray que se había fabricado un departamento de propaganda, Luis Bolín que servía de enlace con los corresponsales extranjeros y Nicolás Franco, que ejercía un gran influjo sobre su hermano. Kindelán, jefe del Aire, estaba también allí. Casi a diario Franco viajaba hasta el frente, pero a Burgos sólo fue en las contadas ocasiones que hemos referido.[11]

El fracaso mayor de la Junta se produjo en relación con el clero vasco. La pastoral conjunta del 6 de agosto no surtió los efectos que los militares esperaban: algunos sacerdotes militaban, y al parecer no como capellanes en su sentido estricto, en los batallones de gudaris que iban a constituir el nuevo ejército vasco; cuando caían prisioneros se les sometía a consejo sumarísimo de guerra como si fuesen laicos y en ciertos casos ejecutados. La Junta de Defensa pidió a Múgica e, indirectamente, a Gomá que formulasen sentencias canónicas por desobediencia contra los clérigos que no atendían ni obedecían la carta pastoral. Ambos se negaron en redondo advirtiendo, además, que las medidas que se adoptasen podían ser contraproducentes: la Jerarquía había cumplido con su deber recordando con claridad la doctrina, pero no podía ir más lejos. La Junta se empecinó; le faltó la convicción o la energía necesarias para impedir incluso el fusilamiento de sacerdotes.

La Junta de Defensa, con las importantes ausencias que hemos señalado, acusó entonces a Múgica –que era uno de los prelados, abiertamente perseguidos por la República– de que alentaba propaganda separatista en el Seminario y daba protección a sacerdotes enemigos del Movimiento. Esto último era, sin duda, cierto, pero en las funciones de un obispo entra siempre la obligación de proteger a sus clérigos sin hacer distinciones entre unos y otros por su posición política. La Junta convocó a Múgica a Burgos, a fin de que pudiera responder a las acusaciones que contra él se presentaban. El obispo, viendo en esta orden un peligroso precedente, se negó. El riguroso tradicionalismo de Múgica, tan próximo al del cardenal Segura, le movía a defender a ultranza el fuero eclesiástico y la independencia de la jerarquía. Los militares pidieron a Gomá que comunicase al obispo de Vitoria la orden de abandonar España.

En su largo informe del 4 de setiembre en que el cardenal daba cuenta de estos sucesos a Pacelli, Gomá se mostraba firme partidario de conservar a Múgica en la silla de Vitoria, sin acceder a su relevo, aunque recomendaba a éste último que emprendiese un viaje por motivos diferentes, dando tiempo a que se calmasen los ánimos. Cuando Múgica se negó, el arzobispo de Toledo le dijo que iba a apoyarle en esta decisión. Pero la Junta de Defensa se había puesto directamente en contacto con el Vaticano, describiendo en la forma más sombría posible las circunstancias que se estaban dando y Franco, en el momento de su designación, tampoco rectificó esta postura que conocía mal. En consecuencia la Santa Sede llamó a Múgica a Roma el 14 de octubre y no le permitió regresar. Franco sería puntualmente informado por Gomá en la entrevista que más adelante mencionaremos, del 29 de diciembre, y logró de él la garantia de que no iba a reclamarse la sustitución de Múgica; la Santa Sede nombró, en julio de 1937, a Javier Lauzurica administrador apostólico de Vitoria.[12]

La correspondencia entre Gomá y Pacelli, bien conocida, revela que ambos coincidían en una apreciación: la causa nacional era la única compatible con la Iglesia y con los católicos, aunque habría que trabajar muy duramente para devolverles su importante papel. No deseaban una sumisión al nuevo Estado que de la guerra iba a nacer. «En caso de triunfar el Movimiento –así escribía el cardenal primado– la Iglesia, a pesar de los diversos matices en la concepción de las relaciones entre Iglesia y Estado, gozaría de amplia libertad y aun de favor y protección». Pacelli, por su parte, animaba a los católicos a resistir los embates del comunismo, se emocionaba al contemplar el «sacrificio cruento» de sacerdotes y fieles, «emulando gestos de los antiguos mártires» e invitaba a los obispos españoles a que, dejando aparte miras personales, pusiesen su empeño en «concentrar todos sus esfuerzos en la defensa del poderosísimo patrimonio de la religión».[13] Cuando el 14 de setiembre de 1936 Pío XI, teniendo a su lado a Pacelli, recibió en Castelgandolfo a un grupo de quinientos peregrinos españoles a los que habló del «martirio» que padecía la Iglesia en España, la prensa frentepopulista se refirió a este hecho como «suicidio de la Iglesia».[14] Había algo paradójico en la expresión pues todos los templos de su zona estaban cerrados o destruidos, todos los sacerdotes asesinados u ocultos, toda manifestación religiosa extirpada.

2. La caída de Talavera produjo efectos muy importantes en los dos bandos. El prestigio de Franco, entre los nacionales, se hizo incontrastable: se creía y esperaba de él una próxima entrada en Madrid; sólo el propio general, como conocemos por su correspondencia con Mola, disentía de tales esperanzas. Una batalla de calles en Madrid, con las fuerzas de que disponía, podía acarrearle la derrota. A lo largo de toda la Guerra Civil abundan los testimonios de que estaba firmemente decidido a impedir que en ninguna ocasión apareciera como derrotado: nunca dejar al enemigo dueño del terreno, signo ostensible de la victoria. A las propuestas de Kindelán, y de otros, en favor de un mando único, que sólo Franco estaba en condiciones de ostentar, se sumó ahora la de Mola, el director del Alzamiento, que consideraba indispensable dicho mando para asegurar la victoria. Las relaciones entre Mola y Franco adquirieron el tono de inferior a superior, dejando siempre al margen a la Junta de Defensa, en teoría poder supremo en la zona.

En el otro bando los cambios fueron todavía mayores. Costó trabajo a los ami-

gos de Azaña disuadir a éste de su idea de presentar la dimisión, que sin duda hubiera provocado grandes perturbaciones, pero el Presidente aceptó la renuncia de Giral, fracasado, y entregó la jefatura del Gobierno a Francisco Largo Caballero, que se presentaba a sí mismo, en aquel momento, como «bolchevique». Algunos autores afirman que se produjo entonces una «revolución caballerista». De hecho los periódicos, que llamaron al nuevo Gabinete de Frente Popular, recogieron una impresión correcta: los partidos marxistas asumían la plena responsabilidad, marginando a la izquierda liberal, tratando de someter a los anarquistas, que lo acogieron muy mal.[15]

El Gobierno de Largo Caballero funcionó como una dictadura de partido, reduciendo a Azaña a un papel meramente simbólico –el Olimpo de la impotencia como él mismo describe con rasgos sombríos– y a las Cortes, compuestas por diputados de una sola formación política, a una sencilla función de propaganda. Giral pasaba a ser ministro sin cartera, Prieto asumía las de Marina y Aire, y el propio Largo Caballero se atribuía la de Defensa además de la Presidencia. Pero entraban ya tres comunistas en el Gobierno, Jesús Hernández y Vicente Uribe, que lo eran declaradamente, y Julio Álvarez del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores, que lo ocultaba para evitar conflictos en las cancillerías extranjeras. Primer resultado del cambio sería la expansión muy rápida del Partido Comunista, que acabaría devorando al propio Largo Caballero,

El objetivo propuesto, con absoluta prioridad, consistía en crear el «Ejército popular» reconociendo el fracaso de las Milicias, antes defendidas por Largo Caballero: la depuración de jefes y oficiales se hizo definitiva y sistemática, lo que permitió incorporar muchos que al principio quedaran apartados sin motivo aparente. Una misión, en que colaboraron Diego Martínez Barrio y el general Fernando Martínez Monje, escogió Albacete como el lugar adecuado para la concentración e instrucción de las fuerzas. En Madrid tres comandantes, Manuel Estrada, Segismundo Casado y Vicente Rojo, y un capitán, Antonio Cordón, que era miembro del Partido Comunista, se encargaron de reorganizar el Estado Mayor. La unidad base sería la Brigada mixta, combinación de armas y servicios, sumamente eficaz, de las que al principio se crearon seis –tres comunistas, dos socialcomunistas y una socialista– pero que llegarían a ser 250 al final de la guerra. La Brigada mixta no fue consecuencia del voluntariado internacional sino al contrario; los internacionales se acomodaron al sistema. Se dio prioridad al arma aérea y se cambiaron los distintivos del Ejército –la estrella roja de cinco puntas– y de los oficiales, que usaban barras horizontales en lugar de estrellas.

El 15 de octubre de 1936 se creó el Comisariado General de Guerra que ocupó Julio Álvarez del Vayo. Su misión era, como en la URSS durante la guerra civil, establecer una red de vigilantes, comisarios políticos encargados de vigilar de cerca a los militares profesionales que ostentaban los mandos en el Ejército popular. De este modo el antiguo representante de España en la Sociedad de Naciones se convertía en uno de los hombres más importantes de la nueva situación: canalizaba además todas las informaciones que desde el interior de la Península llegaban al extranjero. Siendo comunista –según se vería más tarde– pasaba por diplomático liberal de izquierda y su misión consistía en hacer creer que en España no estaba sucediendo otra cosa sino que un Gobierno democrático y legal resistía el asalto de fascistas que trataban de imponer al pueblo una dictadura. No cabe duda de que tuvo bastante

éxito ya que aún se escriben muchos libros, que emplean como base periódicos extranjeros, desde esta perspectiva.

La propaganda fue un factor importante en la Guerra Civil española. Sucedía, para perjuicio de los «nacionales», que la prensa de que éstos dependían para difusión de las opiniones y argumentos a su favor era precisamente la de las agencias alemanas e italianas y aquella otra inclinada a un extremismo de la derecha. El éxito del Frente Popular ha consistido, precisamente, en haber difundido la convicción de que en España se estaba luchando por la libertad democrática, lo que no era cierto: desde setiembre del 36 se estaba luchando para imponer dos modelos de dictadura. Algunas veces surgía la nota discordante, pronto olvidada. En noviembre de 1936 un periodista norteamericano, William P. Carney, que había conseguido huir de Madrid y llegar a París, envió al *New York Times* una crónica espeluznante; no puede decirse que fuera producto de la inventiva nacional.[16] En grandes titulares el periódico –uno de los principales conformadores de la opinión pública norteamericana– decía: «Mueren las formas de gobierno democrático en España mientras la intolerancia gana en intensidad. Revelada la situación en Madrid. Historia del asedio sin censura. 25.000 asesinatos de los radicales; mueren sacerdotes y monjas». Y lo que Carney mostraba al asombrado público norteamericano era una ciudad dominada por los soviets, con banderas rojas y grandes retratos de Stalin mientras yacían insepultos muchos cadáveres de personas asesinadas en plena calle.

3. Los objetivos prioritarios del Gobierno de Largo Caballero demuestran que el Frente Popular había prescindido de su primer argumento acerca de una «fracasada intentona militar-fascista» y buscaba la ayuda exterior a toda costa. Se estaba pasando a la segunda fase en la internacionalización del conflicto, de la compra de armas a la recluta de voluntarios. No se trataba de una simple división bilateral: Rusia-Francia frente a Alemania e Italia. La opinión en Gran Bretaña y Estados Unidos estaba dividida y algunos países iberoamericanos estaban mostrando simpatía por los nacionales. El 19 de setiembre la Cámara de diputados de Brasil acordó por aclamación enviar un telegrama adhiriéndose a Franco y su causa. El Gobierno francés, algunas de cuyas vacilaciones en cuanto al grado de compromiso que era dable adquirir ya hemos examinado, temió que la intervención de voluntarios y soldados condujera a un conflicto europeo. Hacía tres años que Alemania comenzara su rearme. A propuesta francesa se reunió en Londres, el 9 de setiembre de 1936, una primera conferencia a la que asistieron representantes de Alemania, Italia e Inglaterra, para tratar de imponer una limitación al conflicto.[17] El término utilizado era «no intervención».

Desde agosto, por tierra y por mar, estaban afluyendo hacia España voluntarios extranjeros; se trataba todavía de decisiones individuales, y se incorporaba a los simpatizantes en unidades del Ejército o de Milicias. Pero el comunismo internacional mantenía el criterio de que había que aprovechar la oportunidad para constituir unidades propias. De este modo fueron los comunistas alemanes de la Brigada Thaelmann, que mandaba Hans Beimler, los primeros que entraron en fuego; aún no habían llegado los combatientes del otro bando. En los últimos meses de 1936 el flujo de alemanes enemigos de Hitler hacia la zona roja se hizo tan intenso que Willy Brandt tuvo que instalar en el hotel Falcón, situado en las Ramblas de Barcelona, una especie de cuartel general con oficinas para llevar a cabo la coordinación.[18]

Para comprender la evolución de la situación política en la zona nacional es imprescindible recurrir a un examen del papel de Falange, como ha señalado hace años Stanley G. Payne, ya que el falangismo se convirtió en fuerza política dominante durante la primera etapa del nuevo Régimen español. Pero el fracaso del Alzamiento en Alicante donde se hallaba prisionero José Antonio y en Madrid, donde radicaba la parcela más numerosa e importante de su movimiento, parecieron desmantelar el falangismo. Con grandes dificultades, algunos dirigentes habían conseguido llegar a la zona nacional. En las grandes ciudades castellanas, Valladolid, Salamanca y Burgos, el falangismo, que contaba con buen número de afiliados, comenzó a crecer rápidamente aunque se inclinaba más hacia el antiguo jonsismo que hacia el pensamiento estrictamente joseantoniano. Para muchas personas que, sobre la marcha, se adherían al Movimiento, Falange era la posición política más prometedora: se hablaba en ella un lenguaje moderno, de radical justicia social, de superación del capitalismo tanto como del marxismo, de la «unidad entre los hombres y las tierras» de «redención del campesinado». Ello no obstaba para que, con el asesinato de Fernando Primo de Rivera y de Ruiz de Alda en las «sacas de la cárcel Modelo» del 23 de agosto, la desaparición de Raimundo Fernández Cuesta, la prisión de Ramón Serrano Suñer –enlace entre las juventudes de dos sectores– que esperaba de un momento a otro ser asesinado, y la caída de Onésimo Redondo, Falange diera una sensación de desmantelamiento.

En Madrid había quedado Pilar Primo de Rivera con una Sección Femenina que decidió crear lo que llamaba Auxilio Azul: sus misiones fundamentales consistían en ayudar a presos y escondidos a sobrevivir, falsificar documentos que permitiesen la fuga y colaborar con la «iglesia de las catacumbas» que el vicario José García Lahiguera estaba organizando para hacer llegar los sacramentos a los católicos ocultos bajo el terror. La organizadora del Auxilio Azul, María Paz Unciti, sería descubierta y fusilada en noviembre de 1936.[19] Desde el 1 de setiembre había reaparecido en Sevilla un periódico, *FE*, falangista, con protesta, curiosamente, del *ABC* que aspiraba a ser portavoz oficial del Movimiento –y los consejeros nacionales presentes en la zona, habían acordado otorgar a Manuel Hedilla una especie de jefatura provisional-. El problema más urgente de los falangistas era lograr la libertad de José Antonio y de su hermana Pilar, que se sabía estaba refugiada en la Embajada de Argentina en Madrid. Ambos proyectos confluían en Alicante, una ciudad por donde se habían logrado bastantes fugas en las semanas anteriores.

4. A principios de setiembre de 1936 Franco, aunque no era más que jefe del Ejército del Sur, autorizó un plan que le sometieron Agustín Aznar y Rafael Garcerán, pasante y colaborador de José Antonio, consistente en utilizar ciertos contactos que el cónsul honorario alemán en Alicante, Joachim von Knobloch, representante de la naviera Slomann de Hamburgo, tenía con elementos anarquistas.[20] Knobloch tenía experiencia en estos procedimientos que conseguían salvar personas en peligro. El plan autorizado por Franco consistía en abonar una fuerte indemnización o rescate por la libertad del jefe de Falange. El 5 de setiembre Aznar y Garcerán se pusieron en contacto con la Embajada alemana en Lisboa; trataban ahora de conseguir que se autorizase a algunos de los barcos de esta nacionalidad a llevar a los negociadores y eventualmente al liberado. Consultado el general Warlimont éste dio permiso y el

14 de setiembre se comunicó a los dos agentes españoles que un torpedero, Iltis, iba a llevarles a Alicante en donde Knobloch parecía haber conseguido culminar sus gestiones mediante un rescate de 100.000 pesetas.

Los alemanes sufrieron una sorpresa: no eran dos los falangistas que subieron a bordo sino once y armados; se pensaba en un golpe de mano para el caso de que el rescate fracasara. Aznar, provisto de documentación falsa, desembarcó en Alicante y mantuvo conversaciones con algunos miembros de la CNT-FAI que estaban dispuestos a salvar la vida a José Antonio; pero a última hora tuvieron miedo de ser descubiertos y tachados de traidores. El 22 Agustín Aznar fue descubierto y detenido; pudo huir, refugiándose en casa de Knobloch que le proporcionó uniforme de marino alemán y nuevos documentos que le permitieron regresar al barco. Las autoridades republicanas expulsaron al cónsul alemán que tuvo que embarcar a su vez trasladándose a Sevilla.

No se renunció al proyecto. Los alemanes, aunque menos impetuosos que los jóvenes falangistas españoles, comprendían también la importancia que tenía lograr la liberación de José Antonio. Se ensayaron otros medios a los que habremos de referirnos. Por los mismos días en que este proyecto tenía lugar pasaba por Alicante Pilar Primo de Rivera: venía con pasaporte falso proporcionado por la Embajada argentina como si fuese la esposa de un súbdito alemán. Embarcó en el crucero Graf von Spee y coincidió aquí con su cuñada, Rosario Urquijo, viuda de Fernando, y con su hermana Dolores que era la novia de Agustín Aznar. De este modo la jefe nacional de la Sección Femenina llegó a Sevilla, pasando desde aquí a Salamanca en donde reanudó sus funciones. La Sección Femenina estaba creciendo prodigiosamente.

III. HORA DE DECISIONES.

1. El cambio hacia la concentración de poderes que significaba la designación de Largo Caballero, hacía más urgente la ejecución del proyecto que albergaban de tiempo atrás los nacionales para el establecimiento de un mando único. No parece que hubiera muchas dudas, tras la desaparición de Sanjurjo, acerca de la persona que debía ostentarlo. Como puede suponerse hay muchos detalles en el proceso que conduce al 1 de octubre que estamos obligados a ignorar ya que nunca se fijaron por escrito y los recuerdos de los protagonistas son, lógicamente parciales, y no muy precisos. Sabemos, por ejemplo, que Mola planteó la cuestión a Franco en una entrevista que celebraron en Cáceres el 29 de agosto: en un diálogo entre un general de Brigada y otro de División, dada la mentalidad de ambos, no cabe duda de que se trataba de una invitación.[21] Pero en aquellos momentos iniciales podía entenderse que se trataba de un nombramiento hecho por la Junta de Defensa para un cargo dependiente de ésta.

Los informes de los diplomáticos alemanes son a este respecto muy importantes: nada dicen acerca de supuestas aspiraciones de Mola o de Queipo, como posteriormente se ha dicho. Hasta mediados de setiembre lo único que se planteaba era la conveniencia de sustituir el sistema de tres Ejércitos separados por otro que tuviese un generalísimo o general en jefe (generalísimo es un cargo, dentro del Ejército, no un calificativo como puede ser el de caudillo) respecto al cual los tres coman-

dantes generales fuesen sus subordinados. En el informe de Warlimont, el 12 de setiembre, que hemos mencionado,[22] se decía ya que, de todas formas, Franco era tratado como un «primum inter pares» de modo que su afirmación era sólo cuestión de tiempo. También parece seguro que el futuro Generalísimo rehuyó tomar iniciativas como si esperase de los demás que le propusieran: esto encaja bien con su actitud exigente después, reclamando plenitud de poderes. Por otra parte el entusiasmo demostrado por Orgaz y Kindelán en favor de la persona de Franco, responde a razones más transparentes: conocían su monarquismo de base.[23]

Una reunión ordinaria de la Junta de Defensa tuvo lugar en Burgos el 14 de setiembre, pero en ella no se planteó la cuestión del mando único; quedó diferida para la siguiente, convocada para el 21. Otro asunto embargaba la atención de todos los presentes, la falta de dinero y de gasolina. Al comienzo de la guerra, CAMPSA tenía llenos sus depósitos de carburantes, pero la inmensa mayoría de éstos quedaron en poder del Gobierno. Las reservas, 85.000 toneladas, se estaban agotando y no había divisas con las que operar en los mercados internacionales. Un alto funcionario de la CAMPSA, José Antonio Álvarez Alonso, huido de Madrid, había conseguido establecer contacto con los responsables de TEXACO en Europa, los cuales decidieron que la Compañía tenía que ponerse enteramente al lado de los «nacionales» ofreciéndoles un amplio crédito para sus compras. Con este objeto el capitán Thorkild Rieber se había trasladado a Burgos; pero en el momento de firmar el contrato chocó con la negativa de todo un sector de asesores de la Junta de Defensa, en especial Andrés Amado, que recordaban la política de monopolio de Calvo Sotelo y no querían dar entrada a las multinacionales del petróleo en este país [24]. Una razón más que venía a demostrar la incompetencia de la Junta. El contrato de TEXACO, uno de los factores decisivos en la victoria «nacional», sería firmado por Franco.

Otra decisión importante tuvo lugar ese mismo día 21 de setiembre. Yagüe, ascendido a coronel y puesto al frente de la Legión, entró en Maqueda, y Franco con él. Inmediatamente comunicó a Mola que había dado la orden para socorrer a los defensores del Alcázar que aún resistían en medio de terribles embates. Fue una decisión muy arriesgada que Kindelán resaltó con aquellas conocidas palabras que significaban que Toledo podía costarle no entrar en Madrid. La réplica de Franco fue acerada: confiaba mucho en los efectos psicológicos y, por tanto, quería convencer al enemigo de que «cuanto nos proponemos lo realizamos, sin que nadie pueda impedirlo».[25]

2. Hay cierta relación entre la liberación del Alcázar y la designación de Franco como sustituto de la Junta de Defensa. También en esto los efectos morales fueron muy importantes. No debemos olvidar que Largo Caballero había escogido el Alcázar para demostrar la eficacia operativa de sus nuevas fuerzas. Dos noticias acababan de llegar a Cáceres, la conquista de San Sebastián por Mola y el recobro de Ibiza. Era, pues, tiempo oportuno para una decisión que ha sido fuertemente criticada: muchos especialistas en temas estratégicos consideran que el desvío hacia Toledo fue un grave error por parte de Franco. Pero los historiadores saben muy bien que no deben perderse en futuribles: ¿quién es capaz de predecir, más allá de simples suposiciones, lo que hubiera ocurrido en el caso de que Franco se decidiera a entrar en Madrid? Sus soldados estaban agotados y su número se reducía: el 24 de setiembre Yagüe tuvo

que ser relevado porque su resistencia física quebró. Le sustituyó Varela que, a su vez, llegaría al agotamiento en noviembre.

El Alcázar es leyenda y como tal fue presentada. Leyenda de heroísmo, de capacidad de lucha más allá de lo humanamente aceptable. Por eso es imprescindible que retrocedamos en el tiempo para asumirla en sus verdaderas dimensiones. En las elecciones de febrero de 1936 la ciudad y provincia de Toledo habían dado su voto a candidatos de la derecha en proporciones muy claras, de modo que se contaba con ambas desde el primer día. Pero no había guarnición: 140 soldados de servicio en la Academia de Infantería, que dirigía el coronel José Abeilhé, y 34 en la Escuela de Gimnasia, dirigida por José Moscardó que era al mismo tiempo comandante militar. De modo que éste no pudo pronunciarse hasta no haber concentrado en la ciudad el tercio de la Guardia Civil, que contaba entre 600 y 700 hombres. Moscardó, que se encontraba en Madrid en la mañana del 18 de julio, preparando su viaje a Berlín, para asistir a la Olimpiada, regresó en la tarde del mismo día a Toledo: estuvo ganando tiempo hasta que los preparativos estuvieron concluidos y el 21 de julio proclamó el Estado de Guerra y tomó posesión de la ciudad.[26]

Bastó la presencia de la columna Riquelme para que Moscardó comprendiese que no estaba en condiciones de defender Toledo, ordenando a sus escasas fuerzas, a las que se sumaron voluntarios, que se replegasen cerrando un círculo en torno al Alcázar; con ellas iban diez prisioneros civiles que no se emplearon como rehenes. El total de los refugiados en el recinto era de 1.759 o 1.777 personas, según los varios cálculos. De ellos no había más de 1.200 combatientes; como puede fácilmente comprobarse el número de voluntarios casi igualaba al de militares y guardias. Fuera, en las calles de la ciudad, los milicianos ejecutaron durísimas represalias: ha sido la diócesis de Toledo la que mayor proporción de sacerdotes perdió. Durante todo el mes de agosto, los rojos confiaron en que los bombardeos y la falta de aprovisionamiento acabarían con la resistencia y no juzgaron necesario sacrificar vidas en el intento.

Pero con la pérdida de Talavera y la llegada de Largo Caballero al poder, todo cambió. El consejero soviético Mikhail Koltsov viajó a Toledo para cerciorarse de cuál era la situación y, como él mismo relataría en sus memorias, contempló un panorama desolador: los sitiadores, que vivían en una ciudad saqueada y en gran parte dañada, carecían del mínimo de disciplina para lograr el éxito. Se intentó, por ello convencer a los defensores para que se rindiesen: ésta fue la misión encomendada a Vicente Rojo, comandante y profesor de la Academia, que se mostró en el parapeto con bandera blanca. Dos oficiales, Blas Piñar y Emilio Alamán, salieron a su encuentro y le acompañaron tratando a su vez de convencerle para que se quedara con ellos; a fin de cuentas, pensaban, poco de común existía entre el gran militar que era Rojo y la turbamulta de las milicias en que había desembocado la República. Él se negó: había dado su palabra y en Madrid residían sus familiares. Pesaba en el ánimo de todos el trágico destino de Luis Moscardó.[27] Los defensores del Alcázar despidieron al comandante con una negativa y un ruego: que les enviase un sacerdote pues no había capellán y carecían de auxilios religiosos. El mando rojo accedió a enviar al canónigo Enrique Vázquez Camarasa, con nuevas promesas de respetar a las mujeres y a los niños. En realidad el sacerdote que celebró misa, impartió una absolución general y pronunció algunas palabras, contribuyó mucho a levantar los ánimos. Todavía hicieron los rojos un tercer intento enviando al embajador de Chile, Aure-

lio Núñez Morgado, pero los sublevados se negaron a recibirle: si algo tenía que proponer un embajador debía hacerlo ante la Junta de Defensa en Burgos.

Todas estas negociaciones eran un modo de ganar tiempo mientras se preparaba la gran operación de asalto mediante perforación de una mina que debía destruir las defensas. Koltsov pasó el aviso: la ofensiva iba a comenzar el 18 de setiembre al amanecer. Largo Caballero, varios ministros, periodistas y operadores cinematográficos se trasladaron a Toledo. En medio de un bombardeo estalló la mina: pero cuando los asaltantes, pasando por entre las ruinas, llegaron al patio de la Academia, fueron rechazados y de nuevo los días siguientes, mientras se libraba una lucha increíble y feroz. Desde el 22 los sitiados cobraron ánimos: sabían que Franco venía.

3. La reunión de la Junta de Defensa estaba convocada en Salamanca y a ella asistió, al menos durante una parte de la jornada del 21, el propio Franco. Se utilizó uno de los barracones del aeropuerto de Matacán, precisamente para disponer del inmediato medio de transporte al frente en que se estaban jugando tantas cosas. Para mejor guardar el secreto los reunidos tuvieron el almuerzo en casa del ganadero Antonio Pérez Tabernero, sirviendo la mesa las hijas de éste y nadie más. Los recuerdos de los asistentes, aun teniendo en cuenta los pequeños olvidos y apreciaciones personales, dejan bien clara la existencia de dos opiniones contrapuestas, pues Cabanellas se aferraba a la idea de convertir la Junta de Defensa en un Directorio, que sin duda esperaba presidir por razón de grado y antigüedad, mientras que Franco, cuya designación como Generalísimo nadie discutía, estaba exigiendo amplios poderes de carácter político. La reunión terminó con acuerdo sobre el primer punto, mando militar único, y desacuerdo respecto a los poderes que debían ser otorgados.[28] Tendría, por tanto, que continuar una semana más tarde.[29]

Sin mostrar prisa ni nerviosismo, Franco, que había permanecido silencioso durante la reunión, y que probablemente no estuvo presente a la segunda parte de la misma, donde ya se dio su nombre, comenzó a preparar el decisivo salto a Toledo. Celebraba el 23 de setiembre un consejo de guerra sobre esta cuestión, cuando llegaron a Cáceres su esposa y su hija, las cuales tuvieron que esperar durante una hora antes de reunirse con él: tanta importancia daba el ya Generalísimo «in pectore» al asunto. Los rojos, a las órdenes de Asensio Torrado, intentaron un contraataque en Maqueda pero fueron rechazados. El 25 los nacionales cruzaron el Guadarrama y el 26 entraron en Bargas: ese día los defensores vislumbraron, desde las altas ruinas en que se agazapaban, las señales inequívocas de que se estaba librando la batalla para ellos decisiva.

El 27, domingo, Mikhail Koltsov abandonó su papel de consejero y tomó el mando para intentar, muy de mañana, el asalto final, rociando las ruinas con gasolina. Pero aquellos macilentos fantasmas todavía resistieron; viniendo desde Bargas, las primeras vanguardias subían, en la tarde, las cuestas del Miradero y a las 9 de la noche tomaban el primer contacto, pasado Zocodover, con los defensores. Aquella noche algunos soldados, provistos de víveres y auxilios, pudieron pernoctar en el Alcázar. Comenzaba ahora la segunda batalla por la ciudad. El 28, a las 10 de la mañana, llegó Varela. Moscardó, al saludarle, pronunció la frase cargada de sentido que luego se hizo famosa: «sin novedad en el Alcázar, mi general». El 29 Franco, toda-

vía no Jefe de Estado, impuso a Moscardó y a los defensores la Laureada. Dijo que «la Historia es pequeña para la grandeza de vuestros hechos».

Desde el Cuartel General de Franco se había ordenado al diario *Extremadura* que permaneciese atento pues se le iba a dar una gran noticia. Anochecía cuando se colgó una pizarra anunciando que el Alcázar estaba liberado. La población se movilizó para colocarse delante del palacio de los Golfines y Franco salió al balcón flanqueado por Yagüe, Millán Astray y Kindelán. El general improvisó unas pocas palabras, de mera circunstancia. Yagüe, según los biógrafos del Generalísimo, anunció ya lo que era un acuerdo tomado: «mañana tendremos en él a nuestro Generalísimo, el Jefe del Estado; que ya era tiempo que España tuviese un Jefe de Estado con talento».[30]

IV. EL DECRETO.

1. En la discusión, a veces muy dura, en el seno de la Junta del 21 de setiembre, se estaban manifestando dos posiciones divergentes que, desde los comienzos del Alzamiento, ya existían: Cabanellas resistió hasta el último instante porque su posición, al entrar en la conspiración,[31] era que ésta debía conducir al establecimiento de un régimen republicano eliminando los daños que introdujera el Frente Popular; Kindelán y Orgaz veían, en Franco, la posibilidad de una restauración monárquica. Y así estaban las cosas –es importante que nos libremos de prejuicios nacidos de nuestro conocimiento posterior– en el momento en que el pueblo de Cáceres, en la noche del 27 al 28 de septiembre, ofreció su respaldo al Generalísimo.[32] Pocas horas antes, Franco había mantenido conversaciones telefónicas con Cabanellas y con Mola, pero ignoramos absolutamente el contenido de las mismas. Un borrador de decreto tenía Kindelán en su poder para presentarlo en la reunión de la Junta del 28 de setiembre, de nuevo en el aeropuerto de Salamanca. Se ha supuesto que Nicolás Franco y Yanguas Messía intervinieron en su redacción, pero nada podemos asegurar de manera absoluta.

El lunes 28 de setiembre, al mediodía, comenzó la que sería última reunión de la Junta de Defensa, en el aeropuerto de Salamanca: rindieron honores tres Compañías, una de falangistas, otra de requetés, la tercera de soldados de aviación. Allí estaba también Yagüe, que no pertenecía a la Junta. Kindelán da a entender que Franco estuvo presente, al menos, durante alguno de los momentos de la reunión, pero otros testimonios lo ponen en duda. Si estuvo, no parece haber intervenido en nada. Aquella mañana se encontraba en Cáceres despidiendo una Bandera de Falange, y al día siguiente, se hallaba en Toledo; mediante el empleo de aviones cabe en lo posible que asistiera a la reunión. El problema se planteó antes del almuerzo cuando Kindelán se empeñó en leer el borrador de decreto que traía. Hubo una repulsa bastante generalizada: «en especial el artículo tercero mereció muestras de disconformidad generales». Se ponía finalmente al descubierto de qué se trataba: el mando único, indisolublemente unido a la Jefatura absoluta del Estado, aunque se usasen ciertas distinciones que después desaparecieron, no podía significar otra cosa sino la desaparición de la Junta de Defensa que transmitía su legitimidad a un solo hombre, al mismo tiempo Generalísimo y Jefe del Estado y del Gobierno. Kindelán ganó tiem-

po proponiendo una pausa para el almuerzo; durante él conocieron los miembros de la Junta el éxito logrado en Toledo y lo sucedido en Cáceres la noche anterior. Mola, sobre todo, apoyó la solución y, con dos incisos importantes –«Jefe del gobierno del Estado» y «Mientras dure la guerra»– el decreto fue finalmente aprobado. Cabanellas pidió solamente dos días para firmarlo[33] y, en efecto, el Decreto apareció el día 30 en el Boletín Oficial.

2. Algunos historiadores califican de «golpe de Estado»[34] este cambio consumado entre los días 21 y 30 de setiembre de 1936. Las palabras demasiado rotundas son poco convenientes, pues explican los sucesos en forma excesiva y sugieren resonancias simplificadoras. No hay más remedio que realizar una explicación más matizada para evitar que incurramos en errores: «golpe de Estado» sugiere el empleo deliberado de una fuerza, militar, jurídica o moral, ejecutado por alguien que desea adueñarse del poder. Pero Franco no presentó su candidatura al mando supremo ni hizo campaña en favor de su persona; se limitó a guardar silencio mientras sus compañeros discutían la necesidad de nombrar un jefe supremo y cuando se trató de ofrecerle el cargo puso condiciones muy fuertes. Era muy semejante la evolución que en el bando republicano se estaba registrando; también con Largo Caballero se producía una concentración de poderes militares y políticos. Kindelán, Orgaz y los que con ellos batallaron en favor del cambio argumentaron que era el modo único de asegurar la victoria; sólo posteriormente hemos conocido el interés del Rey y de los monárquicos por la persona de Franco. Y aunque la trayectoria política de éste pueda discutirse, es evidente que nunca se separó de la meta de la restauración de la Monarquía: así como un día la Junta le transmitió su legitimidad, el Generalísimo la traspasó a don Juan Carlos.

Aceptado esto, el número de candidatos se restringía considerablemente. Muy difícil hubiera resultado convertir a Mola, general de Brigada, en Generalísimo. Cabanellas carecía de los antecedentes que Franco poseía. Sólo Queipo de Llano quedaba a su altura pero, antiguo conspirador republicano, no despertaba la confianza que en Franco depositaban sus compañeros, subordinados y hasta los representantes de Alemania e Italia. Parece a este respecto acertada la sugerencia de Jesús Fueyo Álvarez: los miembros de la Junta le «reconocieron» como jefe supremo, pero lo era ya con anterioridad.[35] La reunión de Salamanca fue como la culminación lógica de una secuencia. Para los monárquicos el asunto se simplificaba: un Jefe de Estado unipersonal puede, muy fácilmente, transmitir sus poderes al Rey. Aquí tenemos que hacer un sutil juego de palabras; nada prueban pero sugieren mucho. En varias ocasiones posteriores usó la expresión de que «había sido elevado sobre el palenque» como en los antiguos tiempos. Franco confundía lamentablemente palenque –recinto cerrado para los torneos– con pavés, el gran escudo sobre el que se alzaban los reyes de Navarra, pero quería decir que era el punto de partida para una etapa nueva sin relación alguna con el pasado. Sugería de este modo que el Alzamiento no iba a restaurar un determinado Régimen o forma de Estado, sino que, partiendo de cero, podía instaurar lo que más conveniente fuese para la nación.

Sin descartar en modo alguno la posibilidad de que estuviese poseído por una fuerte ambición de mando –no hay datos que lo prueben ni que lo nieguen– él aceptó la designación como una parte de la «responsabilidad ante Dios y ante la Histo-

ria» que había contraído en el momento de sumarse al Alzamiento. En todas las explicaciones argumentales que luego utilizó, y en las que hallamos repetida varias veces esa frase, nunca dijo que él fuese el general con más derecho o mejores dotes para ostentar el cargo: es necesario atribuirle dosis muy grandes de hipocresía para afirmar que estaba engañando, y no parece que lo necesitase. Si tomamos sus discursos de los días 17 y 18 de diciembre de 1936, lo entendemos mejor: sostuvo que había tomado las armas no para defender este o aquel régimen político, sino para salvar a la nación de un naufragio, de modo que sólo la victoria podía revalidar su gesto; si fuese derrotado, el suyo habría sido un gigantesco error. En cierta ocasión explicó a sus colaboradores que, en un caso tal, se enfrentaría al tribunal encargado de juzgarle sin reclamar la presencia de un abogado, y le diría: cumplan, señores, su cometido. El 18 de julio de 1936 había jugado la que consideraba su carta definitiva asumiendo las consecuencias.

El inciso introducido en el borrador del decreto, «mientras dure la guerra», que parecía que al término de la misma se debería replantear la cuestión del Régimen político, desapareció muy pronto. A este respecto, Cabanellas tenía razón: una vez asumida la Jefatura del Estado Franco no renunció a ella; murió en condición de tal. Transparentaba la opinión de los monárquicos alfonsinos que entendían que al término de las hostilidades, moviéndose en términos prudenciales, la Corona sería restaurada. La explicación que Franco dio de su conducta –en ningún momento se había deslizado ni la más remota alusión a la restauración– se encuentra en conexión con la declaración que prestara ante las Cortes de la República. Un alzamiento militar no se justificaba como medio para cambiar la situación política, ni siquiera para liquidar la República para volver a la Monarquía: en el fondo era una operación quirúrgica terrible, y muy sangrienta, que se asumía para salvar la vida a la nación, en trance de agonía. De modo que la guerra no era sino la primera fase, inevitable aunque no deseada, en el camino de la reconstrucción nacional. Y él había sido designado para lograr dicha reconstrucción, primero con las armas, después con el poder y la administración.

Así surgió el poco afortunado título, «Jefe del Estado» para el que no había precedentes. La suprema magistratura del Estado, en cuanto ordenación de los asuntos públicos, la habían ostentado hasta entonces Reyes o Presidentes. Pero Franco, que buscaba una especie de tabla rasa institucional, no quería titularse Presidente porque no aceptaba la legitimidad de la República, ni tampoco Regente, porque esto le hubiera situado en condición de interinidad. Otras personas, como Kindelán, o Yagüe, o Millán Astray, pueden haber intervenido en la selección del nombre; en la práctica, las decisiones no son siempre individuales. Probablemente nadie pensaba en aquellos momentos en que por esta vía, España podía confundirse con un simple Estado español cuando, en la base misma del Alzamiento, se estaba pretendiendo otra cosa.

En el decreto del 29 de setiembre firmado por Cabanellas figuraba la frase, «Jefe del Gobierno del Estado». Prescindiendo ahora del origen e intencionalidad de la misma, significaba que Franco asumía «todos los poderes del Estado». De modo que la Junta de Defensa desaparecía, pasando su legitimidad al nuevo Jefe; para que no hubiera duda se indicaba que la misma seguiría en funciones durante «el breve lapso que transcurra hasta la transmisión» –de hecho dos días– garantizando la continui-

dad. Franco, pues, no creaba su legitimidad: la recibía en forma tan completa que constituía una Dictadura. Desde el primer momento, abandonó el inciso «del Gobierno» y se tituló Jefe de Estado:[36] estableció además una Junta Técnica que fue la primera autolimitación que impuso a sus poderes.

3. Cosa distinta es que Alfredo Kindelán y otros monárquicos como él se hayan sentido defraudados porque no se produjo, al final de la guerra, la restauración monárquica que buscaban. Pero de nada de esto se había hablado en setiembre de 1936 cuando el número de generales republicanos en la Junta era bastante grande. De modo que Franco tuvo conciencia plena de que no había faltado a ningún compromiso que hubiera adquirido. Él era monárquico, sin la menor duda, y había demostrado su lealtad y respeto hacia la Institución en momentos muy difíciles; ningún dato hemos podido recoger que desvirtúe esta suposición. Pero muchas veces, en años posteriores, sostuvo la tesis de que no creía, tras lo sucedido en 1931, que la directa restauración del trono fuese un buen punto de partida para lograr el objetivo de reconstruir la sociedad española; por el contrario creía que la Monarquía tenía que ser el remate, la última piedra en dicha reconstrucción. Una vez que las nuevas estructuras económicas, jurídicas, administrativas y de orden social hubieran sido consolidadas, entonces, y sólo entonces, podría un Rey, no gastado en la tarea, situarse en su papel de «moderador» en la cumbre del Estado. Se le ha acusado de falsedad, como si todo fueran pretextos para la permanencia en el poder, pero resulta evidente que procedió de esta manera.

Los tradicionalistas, que aborrecían la Monarquía liberal, estaban más o menos conformes con este planteamiento; los alfonsinos de ninguna manera. El mismo día 28 de setiembre, en que la Junta de Defensa tomaba la importante decisión, fallecía en Viena, a causa de un accidente de automóvil, el último pretendiente carlista, don Alfonso Carlos de Borbón.[37] También había muerto, en el asalto a Éibar, el bisnieto del último rey de Nápoles, Carlos de Borbón.[38] La rama tradicionalista de la dinastía quedaba desmantelada –don Javier era regente, pero no candidato– y esto contribuía a fortalecer la posición de don Juan, el tercer hijo de Alfonso XIII, que se vinculaba por matrimonio a dicha rama. Franco no tuvo en cuenta los derechos de nadie salvo los de don Juan y su descendencia.

Entramos ahora en elucubraciones e hipótesis que muchas veces se formulan y para las que de ninguna manera tenemos respuesta. Parece indudable que, desde el 1 de octubre, Franco encaminó sus pasos hacia la Monarquía, si bien nunca dio pie a que se creyera en otra fórmula que en la de su sucesión: lo mismo que recibiera de la Junta de Defensa aquella precaria legitimidad, él debía transmitirla después al Rey. No dio pie en sus discursos para que se pudiera pensar de otra manera pero muchos monárquicos alfonsinos sostienen que el Caudillo fue un obstáculo para la Restauración que hubiera debido ejecutarse mucho antes. Otros investigadores sostienen, por el contrario, que sin la paciencia tesonera de Franco, el nieto de Alfonso XIII nunca hubiera podido alcanzar el trono y permanecer en él. Ante estas proposiciones un historiador no puede hacer otra cosa que abstenerse: los futuribles no pueden entrar en su trabajo.

4. El primer gesto del Generalísimo, antes incluso de que se publicara en el Boletín

Oficial su nombramiento, consistió en ir a Toledo, donde la lucha aún continuaba con gran dureza.[39] Estuvo en el hotel Castilla, donde Moscardó había instalado su puesto de mando, e hizo a los presentes un comentario: «ahora sí hemos ganado la guerra». Frase que podía interpretarse de diferente manera como aludiendo al éxito de haber recuperado Toledo o en referencia con el establecimiento del mando único, ya que ésta fue expresión que utilizaron en Salamanca los que defendían a fondo la candidatura de Franco. En el texto del decreto, al publicarse, no figura el inciso «mientras dure la guerra», y aparecen otras expresiones más rigurosamente jurídicas, que no estaban en los primeros.[40] Yanguas Messía explicaría poco tiempo después al Papa que había intervenido en los decretos del nuevo Régimen garantizando así su compatibilidad con la doctrina tradicional de la Iglesia. En la prensa y en el lenguaje corriente los títulos se abreviaron y Franco fue considerado como Generalísimo o, alternativamente, Jefe del Estado: pero estas dos magistraturas, en el otoño de 1936, forman un todo indisoluble. Sin embargo, en visitas y conversaciones, sus ministros y muchas otras autoridades del Régimen se dirigían a él llamándole «mi general», cosa que, al parecer, le complacía.

Tímidamente al principio y con más insistencia luego volvió a utilizarse la expresión «por la gracia de Dios» como fundamento de su autoridad. Esto le aproximaba a los Reyes. En las monedas, hasta el fin de su gobierno, se grabó la inscripción «Francisco Franco, Caudillo de España, por la gracia de Dios». Muchos comentarios y literatura se han vertido en torno a esta pretensión que, como la bandera bicolor, también era, en su mente, un paso hacia la futura Monarquía: las monedas anteriores a la República llevaban esa grafía y, según su creencia, lo mismo harían las que se acuñasen en nombre del nuevo rey, su sucesor. ¿Mesianismo? Confieso aquí que no entiendo muy bien lo que quieren decir quienes lo proponen. Él, en esta ocasión, y en otras muchas, explicó que entendía que la singularidad de su persona y mandato residía precisamente en que por las circunstancias de completa ruptura de la nación española, lo que habían hecho los miembros de la Junta era «proclamarle» para llenar el vacío y comenzar a construir un futuro en el cual entraba, desde luego, la forma de Estado monárquica.[41]

Esto nos conduce todavía a otro supuesto, que formulamos como mera hipótesis de trabajo. La autoridad que Francisco Franco se disponía a asumir el 1 de octubre no era la de un dictador «de emergencia»; es decir, aquella que proyecta a la cúspide del poder al jefe de una facción o partido triunfante, sino más bien la de un fundador de autoridad, lo que hacía que sus poderes fuesen más completos y más absolutos de lo que nadie podía imaginar. Algunas veces se intentaría una comparación entre la antigua «pérdida de España», el 711, cuando, de la nada, surgieron caudillos que fundaron Monarquía, y esta nueva «pérdida» de 1936 cuando no sólo la forma republicana sino todo precedente de autoridad dejó de existir. Se trata de un razonamiento que es casi imposible entenderlo desde una mentalidad medio siglo posterior, dados los cambios rápidos y generalizados, pero que en aquellos días alimentó cierta literatura. En este terreno esa invocación a la «gracia de Dios» era imprescindible; ponía a Franco a cubierto de la arbitrariedad más completa, pues expresaba el reconocimiento de que cuanto se proponía hacer –y es evidente que no tenía ningún programa concreto– estaría sometido a los principios morales de la religión. Y esto sí parece exacto: el respeto y reconocimiento de la Iglesia fue una

constante, hasta el final, y cuando el apoyo de ésta le faltó, se mostró muy desconcertado.

V. INVESTIDURA BURGALESA: EL CAUDILLO.

1. En las mismas horas en que Franco se encaminaba a Burgos para recibir la investidura de su cargo, ceremonia señalada para la tarde del 1 de octubre, el obispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, que era catalán de nacimiento, como Gomá, estampaba su firma en una carta pastoral que ordenó fuese leída en todas las iglesias de su diócesis. Coincidía o tomaba como base la exhortación del obispo de Pamplona, Olaechea, del 23 de agosto –«no es una guerra la que se está librando; es una cruzada»–[42] y también con otras declaraciones semejantes. Ningún contacto se había producido, que sepamos, entre este prelado y Franco, de modo que se trataba de una iniciativa propia, a la luz de los acontecimientos. Utilizando para su reflexión la famosa doctrina de San Agustín acerca de las dos Ciudades –la de Dios que componen aquellos que por amor a Dios llegan al olvido de sí mismos; y la del Diablo formada por quienes por amor a sí mismos llegan al desprecio de Dios– el obispo invitaba a sus diocesanos y, en general, a todos los católicos, a un profundo examen de conciencia ante las graves circunstancias que se deparaban a «las dos Españas».[43] La intención fundamental de Pla parece haber sido recordar a los fieles que, en ningún caso, podían prestar ayuda a los rojos que se autocalificaban de «sin Dios»: iba más lejos que las cartas anteriores porque explicaba cómo la Guerra Civil era, sobre todo, una batalla en defensa de la religión contra el ateísmo. Franco había usado el 21 de julio la expresión «cruzada nacional», de tinte estrictamente político –también hay documentos frentepopulistas que hablan de «cruzada contra el fascismo»– pero después de la carta del obispo de Salamanca, modificó su actitud para hablar sencillamente de Cruzada.

En su calidad de presidente de la Junta de Defensa correspondió a Miguel Cabanellas Ferrer hacer entrega del mando: en su discurso llamó a Franco tan sólo Jefe del Estado. Este contestó con un discurso breve, bastante duro, apelando al orgullo de la Junta de Defensa, nacida de un Alzamiento militar, que recogiera la soberanía de la calle donde estaba reducida a pedazos, y ahora le entregaba otra distinta, unida y en marcha hacia la victoria. Prometió a los miembros de la Junta que ésta «seguirá a mi lado para llegar a una España libre», lo que no era en modo alguno cierto, pero derivando esta promesa hacia una especie de solicitud de respaldo de los que eran sus compañeros de armas. Sin embargo, en cuanto al poder que asumía, hizo una definición absoluta, como si el 1 de octubre de 1936 fuese un punto cero para el comienzo: «me tengo que encargar de todos los poderes» fueron las palabras exactas que pronunció. En este discurso, muy lleno de significado que conviene no desconocer, por debajo de ciertas concesiones a una retórica que estaba entonces de moda, incluyó la frase, «mi pulso no temblará» que también empleó don Juan Carlos en el momento de ser reconocido como sucesor a título de Rey.

Ante sus compañeros de armas que mediante aquel acto se le subordinaban, Franco hizo brillar una meta, la de conseguir una «España libre, unida, con igual bandera e iguales sentimientos, que es tanto como decir, una España española».

Luego, como si se tratara de un compromiso adquirido bajo juramento, añadió: «yo procuraré alzar a España al puesto que le corresponde, conforme a su Historia, y al que ocupó en época pretérita». Al historiador no asiste el derecho de modificar ni siquiera las modas cambiantes de la retórica.

2. La noche del 1 de octubre, por las antenas de Radio Castilla, el Generalísimo leyó un discurso para todo el país que experimentó luego algunos retoques antes de que los periódicos lo publicaran. Contiene muchos conceptos, incluyendo la declaración de intenciones. No intentó justificar el Alzamiento militar porque «lo que es nacional no necesita de razonamientos». Culpaba de las desdichas españolas a «algunos intelectuales equivocados» que trajeron de fuera el «virus demoledor». Dos veces calificó al marxismo de demoledor porque «destruía la economía fomentando el odio y sustentaba la anarquía en todas las provincias de España». El movimiento nacional –todavía con minúscula–, «acomete su liberación con amplio espíritu de colaboración social para el restablecimiento en el porvenir de la instauración de su propia libertad». «España –ésta es una de las frases más conflictivas del discurso– se organiza dentro de un amplio concepto totalitario de unidad y continuidad». Debemos matizar, sin ánimo de entrar en polémica, que el concepto de totalidad se adscribía a España, no a un partido, que entonces no existía.[44] Negó, en cambio, que el Alzamiento fuera de «exclusivo carácter militar» y se abstuvo, cuidadosamente, de hacer referencia a los grupos políticos que lo apoyaban.

El programa esbozado en aquel primer discurso, al que Franco se refirió en muchos momentos de su larga existencia, pretendiendo que no hacía otra cosa que cumplir los compromisos entonces esbozados, contiene siete apartados básicos y no son propuestas originales ni personales sino aceptación de las demandas que sus partidarios formulaban. Es importante formularlos, no sólo por su reflejo posterior sino porque desvirtúan ciertas opiniones expuestas muy a la ligera como aquella, preferida por los historiadores marxistas, de que el Alzamiento del 18 de julio fue una operación militar al servicio del capitalismo. Lo que el nuevo Jefe de Estado iba exponiendo –más adelante tendremos que explicar lo que de este compromiso se cumplió– era:

a. «Instauración de un régimen de autoridad y jerarquía de la Patria. La personalidad de las regiones españolas será respetada en la peculiaridad que tuvieron en su momento álgido de esplendor, pero sin que ello suponga merma alguna a la unidad absoluta de la Patria. Los municipios españoles también se revestirán de todo su vigor, como entidad pública».

b. «Fracasado el sufragio inorgánico... la voluntad nacional se expresará oportunamente a través de aquellos organismos técnicos y corporaciones que representen de manera auténtica sus intereses y la realidad española». «Los individuos gozarán de amplias libertades, sin menoscabo de los supremos intereses del Estado».

c. «El capitalismo se encauzará y no se regirá como clase aparte, pero tampoco se le consentirá una inactividad absoluta». «El trabajo tendrá una garantía absoluta, evitando que sea servidumbre del capitalismo y que se organice como clase». «Se implantará la seguridad del salario, hasta que se llegue

a la participación de los obreros, haciéndose beneficiarios del aumento de producción». «Serán respetadas todas las conquistas... pero al lado de estos derechos estarán sus deberes y obligaciones, especialmente en cuanto afecta al rendimiento de su trabajo y leal colaboración». «Todos los españoles están obligados a trabajar según sus facultades. No puede el Estado nuevo admitir parásitos».

d. «El Estado nuevo, sin ser confesional,[45] respetará la religión de la mayoría del pueblo español, sin que esto suponga intromisión de ninguna potestad dentro del Estado».

e. «En su aspecto tributario evitará el aniquilamiento de la riqueza, estableciendo una equidad en los impuestos y contribuciones, haciendo un justo reparto de las cargas».

f. «En el aspecto agrario se llegará a la creación del verdadero patrimonio familiar. Merced a lo que el campesino produce se le dará una ocupación permanente para mejorar la vida campesina y, al mismo tiempo, la vida de la Patria. Tal misión será llevada a cabo con preferencia».

g. «En el orden internacional viviremos en armonía con todos los demás pueblos, en especial con los de la comunidad de raza, de lenguaje y de idearios comunes y, dentro de la más leal convivencia, siempre que no sean incompatibles con nuestro sentido ideológico. Exceptuamos de manera rotunda el contacto soviético».

Existen, en este programa, algunas afirmaciones radicales, pocas, pero absolutas, al lado de proyectos y deseos que sólo el tiempo podría decir si era posible que llegaran a alcanzarse. Franco, moviéndose desde el recuerdo del sector social ferrolano al que pertenecía, pretendía llenar deseos y aspiraciones de una clase media que siempre trata de descubrir, en quienes gobiernan, aquellas virtudes que considera propias: mesura, prudencia, sentido del ahorro, dignidad personal probablemente exagerada. Palabras y proyectos, desde luego, pero eso, y no otra cosa, son siempre las posiciones políticas de partida. Franco pretendía cerrar la puerta a la demagogia –que otras personas desde su propio Régimen no abandonaron– porque deseaba colocar a los suyos frente a la dura realidad. Un rasgo de su carácter era precisamente el realismo, la moderación de los entusiasmos. Pero, por ejemplo, no había ambigüedad cuando afirmaba que el régimen liberal parlamentario no le servía y que de ningún modo se pondría en contacto con la Unión Soviética.

3. En las fechas que giran en torno a ese 1 de octubre de 1936, fecha que se convertiría después en fiesta conmemorativa de la «Exaltación de Franco a la Jefatura del Estado». no encontramos mención alguna de Monarquía ni de República: se hablaba de un nuevo Estado español pero no se explicaba qué forma debía adoptar más allá de la excepcionalidad del momento. Los periodistas, al hacer la descripción del acto, llamaron a Franco el Dictador, pero este calificativo desapareció inmediatamente. Se usó, en cambio, con abundancia el calificativo de Caudillo que, al parecer, sí complacía a Franco. Comenzaron a recibirse pronto adhesiones importantes, procedentes incluso de sectores tan apartados como la Lliga o los Reformistas que defendieran la República. El 9 de octubre, desde Niza, Manuel Portela Valladares

escribió a Franco felicitándole por el nombramiento que ponía en sus manos «la providencial misión de realizar la segunda reconquista de España».[46] Los diez rectores de las Universidades enclavadas en el territorio sometido a su autoridad, encabezados por Miguel de Unamuno, a quien el Gobierno de la República había destituido y la Junta de Defensa restablecido en su cargo en Salamanca, dirigieron a los representantes oficiosos de Argentina, Uruguay y Portugal, países que habían mostrado simpatía por los sublevados, un telegrama en que agradecían la ayuda que estaban prestando. Todos ellos habían sido nombrados por el Gobierno de la República.[47]

Una última cuestión se nos plantea: ¿Por qué Francisco Franco aceptó complacido que se le calificase de Caudillo? Un título, desde luego, y no una magistratura. No estamos, desde luego, en condiciones de dar respuesta, ni siquiera aproximativa. Algunos de sus partidarios, y la literatura posterior adversa a su persona, pusieron énfasis en la similitud con Hitler, Führer, y Mussolini, Duce. Franco nunca aludió directa ni indirectamente a dicha semejanza y sí, en cambio, en varias ocasiones a los caudillos asturianos que, después de la invasión musulmana del 711, «fundaron» Monarquía. Esto último sí es congruente con su actitud que le conducía a afirmar que no era un simple «restaurador», sino «instaurador», de una nueva Monarquía, continuadora de la legitimidad histórica española y al mismo tiempo innovadora. Algunos exaltados partidarios de la primera hora sí insistieron en el tono carismático y absoluto; por ejemplo, Juan Beigbeder, en su correspondencia directa con Franco le llamaba «mi Caudillo». Es indudable que el uso del calificativo Caudillo fue estimulado desde las altas esferas del poder, lo que indica que a Franco le gustaba.

El 1 de octubre de 1936 el general, elevado a la cumbre completa de un poder sin límites, afirmaba que a sus manos venía a parar, por entrega de la Junta de Defensa, el patrimonio histórico esencial de España, a punto de desintegrarse, desprovisto de cualquier forma de Estado, hallándose en peligro hasta la propia identidad nacional. Su deber era, primero, recobrar el territorio hasta restablecer su unidad y, luego, fundar las Instituciones necesarias para el funcionamiento de un nuevo Estado.

Algunos juristas y pensadores coetáneos, dentro del Movimiento, trataron de explicarlo: ellos nos ayudan a comprender los diversos matices. Juan Beneyto Pérez, que en 1939 publicó un libro que tituló *El nuevo Estado español*, dijo que «el concepto de Caudillo es una síntesis de la razón y de la necesidad ideal; no es sólo fuerza sino también espíritu y constituye una nueva técnica, por ser la encarnación del alma nacional y hasta de la fisonomía nacional». Desde este punto de vista el título Caudillo es la alternativa de Dictador; éste es la fuerza que se impone, aquél la cabeza que guía una comunidad política. De ahí la expresión de Raimundo Fernández Cuesta: no es «ni un jefe de gobierno ni un dictador vulgar, sino el jefe carismático, el hombre concedido por la Providencia para salvar a su pueblo». Parece cierto que la noción de caudillaje se relaciona con el principio de autoridad y no de poder. En un libro que se hizo famoso, aunque sus enemigos lo tacharan de oportunista –lo que nos obligaría a recusar el 90% de la literatura producida después de 1975–, *Contribución a la teoría del Caudillaje*, Francisco Javier Conde apuntaba precisamente una observación que Jesús Fueyo Álvarez ha recogido y matizado más recientemente: Franco era Caudillo antes y no después de su elección; se le reclamaba para el primer puesto por su autoridad –como Octavio César que fue llama-

do «auctor», y Augusto– pues de ésa se necesitaba para la construcción del nuevo Estado.[48]

Descendiendo al terreno de los hechos esto resulta, desde el punto de vista de los constructores del Movimiento, algo muy cierto. Franco dedicaría el resto de su vida –treinta y nueve años– a la edificación, paso a paso, con abundantes rectificaciones, con paciencia muy terca, de un nuevo Estado cuyo último acto debía ser de restablecimiento de la Monarquía; en ella veía, entre otras cosas, garantía de que en el futuro no habría que retornar a situaciones excepcionales como la suya propia. No deja de ser curioso que la Constitución de 1978, empeñada en destruir todo el pasado inmediato, conservara para el Rey la condición de Jefe del Estado, tal y como Franco lo dijera ya cuarenta años antes. Sin embargo es necesario aludir a la diferencia fundamental: como Víctor Pradera, ahora asesinado,[49] él concebía la Jefatura del Estado del Rey como magistratura moderadora y arbitral, rica de contenido, algo muy diferente del «Augusto cero» como tan crudamente dijo el pensador tradicionalista.

[49] J. M. Martínez Bande, *Del Alzamiento...*, p. 24, al publicar este importante documento llegó a la indudable conclusión de que la decisión de socorrer Toledo ya estaba tomada. No es posible situar cronológicamente la conversación que relata Kindelán en sus *Cuadernos de guerra*, p. 23, cuando advirtió al Generalísimo: «¿sabe, mi general, que Toledo puede costarle Madrid?». Al parecer Franco replicó que la significación moral que representaba la liberación del Alcázar compensaba con creces el riesgo que tenían que asumir.

[50] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid...*, pp. 152-155.

[51] La conquista de San Sebastián tenía dos efectos complementarios: al cerrar el contacto fronterizo, Mola se hacía dueño del puesto de Irún-Hendaya, importante para los contactos con los grupos que trabajaban a favor de los nacionales en Bayona, Biarritz y San Juan de Luz, fundamentalmente monárquicos. F. Olaya, *op. cit.*, pp. 59-63. Ver J. M. Martínez Bande, *Nueve meses de guerra en el norte*, pp. 64-90, para la descripción de las operaciones

[52] Los autores de los asesinatos invocaban venganza por la represión de Badajoz. Azaña, *Obras Completas*, IV, p. 851, dice que él y Giral estaban tan asustados que pensaron en dimitir. El remedio imaginado, los tribunales populares, tampoco frenaría la violencia.

[53] Kindelán, *Mis cuadernos...*, p. 23, coloca en este momento su propuesta a Franco para socorrer Toledo.

[54] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid...*, pp. 156-162.

[55] J. M. Martínez Bande, *ibid.*, pp. 164-168.

Notas al Capítulo 17.

[1] J. Tusell, *La España del siglo XX*, p. 359, cuya opinión no puede considerarse favorable al franquismo, ha señalado que la unidad «se consiguió efectivamente y, además, sin sangre»; hecha efectiva mediante el procedimiento de que cada parte sacrificara algo de su programa en beneficio del conjunto. Eficaz durante la guerra, no lo fue tanto después.

[2] A. Montero, *Historia de la persecución religiosa en España*, Madrid, 1961, p. 55.

[3] Jose Guerra Campos, «La Iglesia en España (1936-1975). Síntesis histórica», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 440-441.

[4] A. Marquina, *La diplomacia vaticana y la España de Franco*, Madrid, 1983, pp. 38-41.

[5] Uno de los que llegaron a Pamplona fue el beato Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Sorprendido por la rebelión en Madrid –la sede de su fundación se hallaba precisamente frente al Cuartel de la Montaña– pudo ocultarse en términos muy azarosos, acaso porque los milicianos le confundieron con otra persona a la que ahorcaron. Fingiéndose enfermo psíquico pudo pasar cinco meses en una clínica de la Ciudad Lineal; en marzo de 1937 pasó a la Legación de Honduras que además le proporcionó documentación como si fuera uno de sus empleados. A pesar de esto, y del riesgo con que intentaba mantener el contacto con sus seguidores, llegó al convencimiento –uno entre más– de que sólo en la zona nacional le sería posible volver a emprender la tarea de construir la asociación de laicos, hoy prelatura personal, que desde 1928 estaba intentando crear. Para ello se trasladó a Valencia y luego a Barcelona y, con otras siete personas, estableció contacto con ciertas organizaciones que se dedicaban a pasar a Francia personas en peligro haciéndolo por los riscos del Pirineo en invierno para impedir la persecución. Entre los días 19 de noviembre y 2 de diciembre los expedicionarios –sólo cuatro, junto con José María Escrivá, pertenecían al Opus Dei– salvaron los pasos de la montaña en condiciones sumamente difíciles y llegaron a Lourdes. Desde aquí pasaron a Pamplona (11 de diciembre), alojándose durante un mes en la residencia de don Marcelino Olaechea.

Años más tarde, el beato Escrivá recordaría la importancia de esta breve estancia en Pamplona: desde aquella diócesis se estaba reorganizando el catolicismo español. Una investigación acerca de la labor del obispo Olaechea, aún no realizada, aportará sin duda datos importantes. Sobre los orígenes del Opus Dei y su reorganización a causa de la guerra, ver S. Bernal, *Apuntes sobre la vida del fundador del Opus* Dei, Madrid, 1976; P. Berglar, *Opus Dei*, Madrid, 1987; A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus* Dei, Madrid, 1983; y Ana Sastre, *Tiempo de caminar*, Madrid, 1988.

[6] Resumen preciso de este episodio en M.ª L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 104-107.

[7] El texto íntegro del informe publicado en M.ª L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 371-378.

[8] Á. Viñas, *Guerra...* pp. 58-62.

[9] Á. Viñas, *Guerra...* pp. 64-65.

[10] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.479, considera muy significativas las palabras pronunciadas por el cardenal-arzobispo de Madrid, Vicente Enrique y Tarancón, el 15 de diciembre de 1975, esto es, después de la muerte de Franco, pues refiriéndose a la guerra dijo que «fue el pueblo católico de entonces... el que, precisamente por razones religiosas, unió fe y patria en aquellos momentos decisivos... España no podía dejar de ser católica sin dejar de ser España».

[11] A. Kindelán, *Mis cuadernos de guerra*, Madrid, p. 40 y ss., afirma que constantemente sugería a Franco que reclamase el mando único, pero él se resistía porque no quería herir susceptibilidades y temía sufrir un desaire.

[12] M.ª L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 43-53. Este trabajo resulta imprescindible para conocer los asuntos.

[13] Textos publicados por M.ª L. Rodríguez Aísa, *op. cit.*, pp. 27-29.

[14] A. Montero, *op. cit.*, p. 741, da el texto íntegro de la alocución.

[15] Francisco Olaya, *op. cit.*, pp. 39-42, señala cómo se trataba de suprimir las milicias, base del poder anarquista, creando un ejército social-comunista que fracasó porque a causa de la corrupción reinante las armas no llegaban a tiempo.

[16] Edición facsímil sin traducción de este artículo en *Documentos*, p. 92.

[17] M. Baumont, *La faillite de la paix (1919-1939)*, II, París, 1951, pp. 713-714.

[18] El hotel había sido incautado por las milicias del POUM. Ver W. von Oven, *op. cit.*, pp. 211 y 222.

[19] Disponemos de los datos de una *Crónica de la Sección Femenina*, abundantemente documentada.

[20] Estos intentos para liberar a Primo de Rivera, que fueron dos, se conservaron en la memoria de los falangistas de modo confuso pero se comprueban con toda puntualidad a través de la documentación alemana. Por eso Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 67-80, ha podido reconstruirlos eliminando toda fantasía. Ver también Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, París, 1967, p. 197 y ss. Este último autor supone que Franco no tenía interés en la liberación de José Antonio, pero no presenta datos objetivos sobre los que fundar dicho supuesto.

[21] A. Kindelán, *Mis cuadernos...*, p. 50, dice que su idea acerca del mando único en favor de Franco fue comunicada a Orgaz y Yagüe, nuevo jefe de la Legión tras su ascenso a coronel, quienes la apoyaron. También que encontró gran apoyo en Nicolás Franco.

[22] Hay múltiples detalles, además de los que en estas páginas hemos venido examinando, que corroboran este aserto. Por ejemplo, Franco cambió por su cuenta el comandante militar de Larache designando al teniente coronel de Regulares Eduardo Losas y otorgó la Laureada al jalifa de la zona española. El tabor que mandaba Losas fue enviado a la Península y el teniente coronel se dirigió a Mola en solicitud de que se le restituyese a su puesto en el combate: Mola escribió a Franco en tono de subordinado rogándole que, o bien diese a Losas una contestación directa, o le escribiese a él mismo justificando de este modo su propia gestión. Lo mismo en el caso del almirante Carranza cuando solicitó el mando de la Flota: no hizo la petición a la Junta de Defensa sino a Franco, y éste replicó como si estuviera ya dotado de plena autoridad. Estos episodios corresponden al mes de setiembre de 1936.

Queda sin explicar la resistencia que Franco parece haber opuesto al nombramiento. Se ha hablado de «modestia natural» pero es posible que se tratase de otra cosa: el futuro Generalísimo quería que le fuese transferida la legitimidad hasta entonces poseída por la Junta de Defensa.

[23] A. Kindelán, *op. cit.*, p. 23 y ss.

[24] Sobre esta cuestión es decisivo el artículo de R. de La Cierva, «El suministro y la financiación de los carburantes en la guerra civil: datos y testimonios» *Hacienda Pública Española*, núm. 46, 1977, p. 115.

[25] Estos puntos, así como las razones de la lentitud de Franco fueron ya expuestos por R. de La Cierva en la primeras ediciones de su biografía.

[26] Seguimos al detalle a J. M. Martínez Bande, *Los asedios*, pp. 20-102.

[27] El 23 de julio de 1936 el hijo de Moscardó, Luis, que estaba prisionero, habló con su padre: los milicianos le habían anunciado que le matarían si su padre no se rendía. Algunos historiadores modernos tratan de quitar importancia al episodio estableciendo el paralelismo con el hijo de Largo Caballero, del mismo nombre que su padre, detenido en Sevilla. Hubo conversaciones que no prosperaron para un canje de Francisco Largo con José Antonio Primo de Rivera; ninguna, que sepamos, de Luis Moscardó. El joven Moscardó murió fusilado el 20 de noviembre como es sabido. Francisco Largo, al concluir la guerra, escribió a Queipo de Llano (28 de mayo de 1939) pidiendo ser puesto en libertad. Queipo consultó a Franco que recomendó hiciese instancia al Consejo de Ministros (La carta en *Documentos*, p. 424) y como consecuencia de esto se le autorizó a reunirse con su padre en el exilio. Sobre estos temas el descubrimiento sensacional de la correspondencia de Moscardó, por A. Bullón de Mendoza y Luis E. Togores, *El Alcázar de Toledo, final de una polémica,* Ed. Actas, Madrid, 1997, permite llegar a conclusiones indudables.

[28] R. de La Cierva, *Franco*, pp. 176-178, ha reconstruido con mucha precision las reuniones. Hay una anécdota muy significativa. En el ejemplar de *Mis cuadernos de guerra* de Kindelán, que perteneció a Franco, al llegar éste a la página 54 subrayó con su acostumbrado lápiz rojo una frase, aquélla en que Kindelán, después de referirse a Nicolás Franco como el Luciano Bonaparte del nuevo 18 de Brumario se preguntaba: «¿tocará alguien el de Murat en Saint Cloud?». Como es sabido fue la actitud de Murat la que forzó la abdicación de Napoleón.

[29] En su obra, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Barcelona, 1981, p. 26, Kindelán afirma que Alfonso XIII, desde Roma, instaba en favor del nombramiento de Franco. Otros testimonios corroboran la noticia.

[30] Con ayuda de los periódicos de Cáceres y de Salamanca, R. de La Cierva, *Franco*, p. 178-179, ha reconstruido el episodio y los discursos. Dijo Yagüe, entre otras cosas, que «la noticia de mañana será mayor» como si estuviese seguro de lo que iba a producirse al día siguiente. La Cierva concede mucha importancia a la explicación que dio el propio Franco en su discurso del 7 de marzo de 1946, cuando aludió a que había sido «elevado sobre el palenque». Sobre esto volveremos.

[31] Dos veces, el 21 y el 28, Cabanellas quedaría solo. En su conciencia, que recogió después su hijo Guillermo, esto significaba que el cambio, verdaderamente radical, se había hecho contra su voluntad y advertencia.

[32] Ramón Garriga, *La España de Franco*, I, Madrid, 1977, p. 82, colaborador luego de Serrano Suñer y enemigo un tanto visceral de Franco, afirma que también el almirante Canaris apoyaba el nombramiento. No hay dato alguno que permita confirmar la noticia. Werner von Oven, *op. cit.*, pp. 337-339, indica que Johannes Bernhardt, en una conversación, le dijo que también el Führer y Goering deseaban que se estableciese un mando único en España y consideraban que Franco era el más capacitado entre los generales para ejercerlo. Hay mucho de cierto en estas noticias aunque no puedan tomarse al pie de la letra; el III Reich venía considerando a Franco como el jefe del Movimiento.

[33] La negativa de Miguel Caballenas hubiera parecido ambición personal sin esa explicación que ofrece su hijo Guillermo Caballenas en *La guerra de los mil días*, Madrid 1973, I, pp. 654-655. El presidente de la Junta dijo a Kindelán el 28 de setiembre que no podía aceptar el doble nombramiento porque estaba seguro de que si Franco tomaba el poder ya no lo abandonaría nunca. Es posible que, aquella misma noche, ya de regreso en Burgos, tratara todavía de convencer a Mola y Queipo que, según este testimonio no puede ser acusado.

En el discurso antes mencionado de 7 de marzo de 1946 Franco sostuvo la tesis de que cuando vinieron a ofrecerle el mando militar él impuso la condición de que tenía que venir sumado al pleno poder político, pues de otra manera no estaba dispuesto a aceptar. El criterio de los miembros de la Junta fue, en cambio, que conservándolo perdían la guerra y con Franco iban a ganarla.

[34] Sostiene la hipótesis de que se trata de un verdadero golpe de Estado entre otros B. Crozier, I, p. 307, que fue el primero en formularla, Sh. Ben Ami, *op. cit.*, p. 39, que se remite a Stanley G. Payne, *Politics and Military in Modern Spain*, Stanford, 1967, pp. 367-373; y Sergio Vilar, *Fascismo y Militarismo*, Barcelona, 1978, pp. 166-168. Todos atribuyen a Franco mayor iniciativa de la que en realidad mostró.

[35] J. Tusell, *op. cit.*, p. 360, dice: «Franco, no solamente era el más ponderado y él de más prestigio, aunque no el primero en el escalafón, sino además, desde el estallido de la guerra el que, merced a la calidad de sus tropas, había obtenido más victorias». El inciso «mientras dure la guerra» no tardó en ser olvidado.

[36] En sus *Apuntes* dice solamente: «Proclamación Jefe de Estado».

[37] J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, p. 267, hace un análisis importante del pensamiento carlista en esta coyuntura.

[38] Queda aún la viuda de Alfonso Carlos, doña María de las Nieves de Braganza; pero el carlismo apoyaba la ley sálica.

[39] La batalla por Toledo, durante tres días, fue sangrienta y cruel. A menudo los autores británicos y norteamericanos se han servido como de una fuente de dos panfletos periodísticos, de Geoffrey Cox, *Defensa Of Madrid*, (Londres, 1937) y John Langdon-Davies, *Behind the spanish barricades*, (Londres, 1936) que no son fiables. En los lugares donde la lucha era más encarnizada aumentaba el número de víctimas. No cabe duda de que en Toledo se produjeron graves represalias. Por ejemplo la diócesis contaba al comienzo de la guerra con 67 sacerdotes que vivían en la capital y 425 fuera de ella: murieron asesinados por los milicianos 42 en Toledo y 208 en el resto de la diócesis. Esto significa el 50,81% de muertes de modo que sólo se salvaron los que vivían fuera o no pudieron ser hallados en su escondite, A. Granados, *Gomá*, pp. 81-82. El cardenal Gomá regresó a Toledo el 2 de octubre con escolta de requetés y no de moros como dice H. Thomas, I, p. 446, y estuvo a punto de ser capturado por una patrulla enemiga. Luego regresó a Pamplona.

[40] El preámbulo del Decreto contiene este párrafo: «Razones de todo linaje señalan la alta conveniencia de concentrar en un sólo poder todos aquellos que han de conducir a la victoria final y al establecimiento, consolidación y desarrollo del nuevo Estado con la asistencia fervorosa de la nación». *BOE*, núm. 32.

[41] Es importante la reflexión que sobre estas cuestiones nos ofrecen J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, tomo IV, pp. 1.790-1.791. Iniciada la guerra, entre ambos bandos la autoridad y potestad quedó absolutamente desbordada por movimientos populares de distinto signo pero tan populares en uno como en otro. Largo Caballero estaba tratando también de reconducir el vacío creado a una situación de caudillaje, esto es, de liderazgo personal. El 7 de octubre, en Guernica, José Antonio Aguirre, que tenía tan sólo el reconocimiento de un Estatuto de autonomía refrendado por unas Cortes de las que habían desaparecido de forma violenta todos los diputados de la oposición, no se conformó con esto sino que provocó el establecimiento de una nueva legitimidad haciendo que la votasen todos los Ayuntamientos. A esta legitimidad asignó además un contenido nacional, Euzkadi, que nunca antes había existido. El gobernador civil y autoridades republicanas en Vizcaya le hicieron entrega de sus poderes en concepto de lehendakari, que, además, asumió todas las funciones civiles y militares.

[42] El texto, publicado en el Boletín de la diócesis, ha sido recogido por A. Montero, *op. cit.*, p. 688.

[43] Había comenzado entre tanto la guerra de los bulos, algunos desproporcionados, pero que nos revelan que no pueden tomarse como fuente las informaciones y comentarios de los periódicos. En Tetuán, un diario dio la noticia de que Mola había sido asesinado, en Tetuán, por un teniente de la Guardia Civil. En la zona roja se decía que Queipo de Llano hablaba por Radio Sevilla en estado de embriaguez, lo que era absolutamente falso: por su parte el general respondía calificando de «canallero» a Largo Caballero. B. Crozier, *op. cit.*, p. 309 y ss., señala un dato que merece ser tenido en cuenta. La propaganda exterior dirigida por Álvarez del Vayo seguía una línea muy distinta, tratando de dar la sensación de que el Gobierno cuidaba la mesura y honestidad en sus manifestaciones.

[44] El tema del totalitarismo, utilizado muchas veces desde posiciones opuestas y, en

general, con propósito de propaganda, merece una explicación. Se suele confundir el totalitarismo del Estado –que practican casi todos los sistemas actuales– con el totalitarismo de un Partido que significa la confiscación del Estado por éste. Uno y otro han suscitado reacciones y consideraciones muy diferentes. No tratamos aquí de defender el totalitarismo del Estado, ni de condenarlo, porque queda fuera de nuestra competencia de historiadores. Pero es significativo que el cardenal Gomá, que mostró cierta alarma por otras partes del discurso, no se mostró preocupado por ésta. La frase de Franco se mantenía dentro de los términos definidos por la Iglesia. El 26 de abril de 1931, repondiendo a una consulta del cardenal Schuster, arzobispo de Milán, el Papa Pío XI había dicho (Pub. en la *Colección de encíclicas y documentos pontificios*, I, 1967, p. 313); «¿Régimen y Estado totalitario? Creemos no entenderlo bien en el sentido de que para todo cuanto es de la competencia del Estado, según su propio fin, la totalidad de los súbditos, de los ciudadanos, deben supeditarse al Estado, al régimen. Mas no puede afirmarse otro tanto de una totalidaridad objetiva, en el sentido de que la totalidaridad (sic) de los ciudadanos tenga que subordinarse al Estado y de él dependa... para la totalidaridad de todo cuanto es o puede ser necesario para toda su vida, aun para la individual, doméstica, espiritual, sobrenatural». Parece que Franco se mantuvo dentro de los límites de competencia señalados por el Pontífice ya que aceptó la ética cristiana y la doctrina de la Iglesia como marco de su propia legislación.

45 Al parecer la expresión empleada en el momento de la lectura por la radio había sido: «España será un Estado aconfesional». Esta expresión que despertó el entusiasmo de Unamuno (R. de La Cierva, *Franco*, 2.ª ed. III, p. 22) fue la que asustó a Gomá. Antes del Concilio Vaticano II la Iglesia sostenía el criterio de no separar Iglesia y Estado. Franco no sólo accedió a modificar la frase antes de la publicación sino que, personalmente, explicó al primado que lo que quería decir era que no deseaba privar a la Iglesia de libertad ni imponerle el nombramiento de obispos.

46 La carta ha sido publicada por R. de La Cierva, *Documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos al 18 de julio de 1936*, Madrid, 1967, p. 678. No parece que Franco haya dado respuesta a la misma. Después de la batalla de Guadalajara, creyendo que el Frente Popular iba a ganar la guerra, Portela regresó a España reincorporándose a las Cortes; en la sesión de octubre de 1937 explicó que durante la crisis de febrero de 1936 había tenido firmado el decreto de declaración del Estado de Guerra, al que no dio curso para defender la legalidad republicana. La opinión de Franco difería: atribuyó a Alcalá Zamora la anulación del mencionado decreto que el Consejo de Ministros aprobara.

47 Unamuno, contra su voluntad, era una de las fuentes de inspiración de Falange. Se manifestó desde el primer momento contra el Frente Popular y llamó a Azaña «el faraón de El Pardo». Destituido por la República el 23 de agosto, la Junta de Defensa dejó sin efecto esta orden.

48 A esta consideración aquí expuesta, que pretende ser explicativa, sin juicios de valor, y nada absoluta, se oponen las críticas radicales de Luis Ramírez, *Franco, historia de un mesianismo*, París, 1964 pp. 212-215, o la de Jacques Georgel, *El franquismo, historia y balance*, París, 1972, pp. 55-60, que entienden el término como fruto de una aspiración prepotente a la máxima dictadura.

49 En sus *Apuntes*, Franco alude a «mi amistad con Pradera» como a un dato fundamental para la explicación de su propio pensamiento.

Notas al Capítulo 18.

1 F. Olaya, *op. cit.*, pp. 39-42 y 69 y ss., hace un minucioso análisis de las comisiones de compras y llega a la conclusión de que sus miembros despilfarraban y aun robaban gran parte de los fondos recibidos.

2 Aun a trueque de romper el orden cronológico es imprescindible anotar aquí algunas de las noticias contrastadas por investigaciones desde P. Broué y E. Témine, *La révolution et la guerre d'Espagne*, París, 1961. Según estos autores la «montée» pudo aprovechar dos bue-